Biblioteca Cine Nacional

SERIE ★ ALFA

Florencia BECQUER

Toni D'ALGY

Una HERENCIA en PARIS

Editorial Alas

UNA HERENCIA
: EN PARIS :

Reservados los derechos de traducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS Y SALA
Valencia, 234 - Teléfono 70667
BARCELONA

Biblioteca Cine Nacional

Fundador y Director:
RAMON SALA VERDAGUER
Apartado 707 - Teléfono 70657

EDITORIAL "ALAS"
AÑO XXII

Centro de reparto:
Sociedad General Española de Librería
Calle de Barbará, núm. 14-16

BARCELONA

AÑO VII — SERIE ALFA — Núm. 35
Núm. 69

UNA HERENCIA EN PARIS

PRESENTAMOS esta narración, basada en la película del mismo título, cuyo argumento original es una adaptación de la famosa novela TU ERES EL, original de **Laura de Cominges,** cuya trama sutil y de gran fuerza emotiva, rodeada de un vivo interés, hace que el lector lea con avidez esta narración, y lo mismo acontece con la película, cuyo dinamismo y el acierto de sus directores y protagonistas han conseguido un galardón más para nuestra fructífera producción nacional.

PRODUCCION Y DISTRIBUCION DE PELICULAS

NUEVA FILMS S.A.

Avenida José Antonio, 22
Casa central: MADRID
Teléfono 23776

Sucursales en BARCELONA, VALENCIA, BILBAO y SEVILLA

PRINCIPALES INTERPRETES

Delia	Florencia Bécquer
Horacio	Tony d'Algy
Carlos	
Notario Sr. Avellaneda	Gabriel Algara
Sara	Rafaela Saterres
Olga	Josefina de la Torre
Gómez-Lara	Modesto Cid
Señora Olmos	María Severini
Mayordomo	Laguilos

Director:
Miguel Pereyra

Guión:
Tony d'Algy

Productora:
Hércules Films

Diálogos:
Josefina de la Torre

Narración literaria de
Julio Mayor

Una herencia en París

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELICULA

HERENCIA EN PARIS

UN hermoso día de primavera. El sol ha querido lucir sus galas de oro envolviendo con la esplendidez de su luz inimitable este magnífico y frondoso jardín que circunda la mansión de los señores Santamarina. Estamos en Buenos Aires, no en la misma ciudad, sino en los alrededores, que es donde se levanta la suntuosa residencia del joven Horacio Santamarina y su bella esposa, Delia.

El matrimonio Santamarina, ambos jóvenes y bien parecidos, es en apariencia feliz y encantador.

Por lo que a Delia se refiere no hay tacha alguna que se le pueda achacar. Amable, gentil en extremo, de buenos sentimientos, es decir un alma noble y sencilla, adornada por las galas de la naturaleza que la hizo casi diríamos una perfección.

Por el contrario, su esposo, Horacio Santamarina, aunque joven como ya hemos reseñado, tiene aspecto, aparte su simpatía personal y tener porte de hombre de gran mundo y don de gentes correspondiente, de llevar una vida algo ditipada, algo de crápula.

Este es el resultado de una vida ociosa, sin dificultades ni quebraderos de cabeza, no teniendo que luchar por la vida ni tener obligación alguna como no sea precisamente las que dimanan de las obligaciones que ellos mismos se crean para su ocio y diversiones, no sim-

pre de buen género ni dignas de un hombre correcto y honrado.

Ya tenemos, pues, alguna referencia, escasa referencia, de estos dos personajes citados —Horacio y Delia— que a lo largo de nuestra narración van a jugar un papel importante. Nos hemos dado cuenta de que son jóvenes y que, a juzgar por la suntuosidad del edificio que habitan, son favorecidos por la fortuna. Fortuna económica simplemente, medios para una vida desahogada y cómoda, pero no esa fortuna de que nos habla la mitología encargada de repartir los bienes, tanto materiales como espirituales; no la felicidad, sino el lujo; no el bienestar del espíritu, sino el relativo bienestar del cuerpo —porque relativa es la comodidad corporal cuando está desligada de la comodidad del espíritu—. Esa es la fortuna de Horacio y Delia; esto es lo que ya sabemos de ellos: ricos en bienes materiales.

Pero antes de seguir adelante en nuestro relato, antes de profundizar más en la vida de estos seres, conveniente será que nos enteremos del enorme contraste que ofrecen esas mismas vidas, destinadas a estar íntimamente ligadas en virtud de su matrimonio, pero alejadas espiritualmente en virtud de sus caracteres. Y a esta explicación, a esta curiosidad prematura nos obliga el temor de un concepto erróneo que podíamos tener de ellos, por lo que anteriormente ya hemos descubierto. La desgracia de este matrimonio radica en Horacio que, aunque joven y bien parecido, encierra un alma ruin y desenfrenada. Es un hombre vicioso e inmoral, dotado de un carácter agrio, brusco e intratable. No se mira más que en sí mismo, sin preocuparle para nada el cariño que debe a su esposa ni el respeto a sus servidores, a quienes trata groseramente. El se cree superior a todo y no parece tener más misión en esta vida que la de dar rienda suelta a sus pasiones y deseos.

Contrariamente a él, la personalidad de su esposa, Delia, joven y de belleza singular, alma noble y recta, derrocha bondad y cariño hacia quienes les rodean. Vive para los demás remediando cuantas necesidades están a su alcance. Sabe perfectamente que la vida no tiene como única ambición la posesión del dinero; que sobre esto hay otras cosas más importantes y más nobles que nos llevan de la mano a la consecución del auténtico bien. Delia vive, pues, infeliz al lado de su esposo que, por otra parte, la mantiene alejada de todo contacto social recluida entre

las verjas que limitan la suntuosa mansión.

Hasta aquí lo que consideramos preciso descubrir sobre estos dos caracteres tan opuestos. Mucho más podríamos decir, desde luego, pero lo dejamos en silencio para no restar interés a la narración. A lo largo de la misma nos daremos cuenta exacta y detallada de todo lo que nos conviene saber, para tributar luego, al final, el lógico aplauso que siempre acompaña el triunfo de lo bueno sobre lo malo, que es, al fin y al cabo, lo que siempre sucede en todos los aspectos de la vida. Equivocados aquellos que creen que el mal puede quedar oculto. Antes o después será descubierto y castigado como se merece. Ejemplo de esta gran verdad es la narración que ahora comenzamos.

En el frondoso paseo central del jardín que circunda la mansión de los Santamarina hay en estos momentos una nota de color, un detalle simpático que nos gana por su sencillez y que amenizа la soledad, rompiendo el silencio que lo envuelve todo. Se trata, simplemente, de la presencia juvenil y fresca de Delia que, alegre y alborozada, corre en persecución de su perrito, en juguteo infantil, pero humano. Al fin y al cabo, este pequeño animalito es el único ser que le brinda ocasión de alborozo y sana alegría. Alejada, como sabemos, de todo contacto social, entrega su juventud a la inocencia del juego, de igual forma que su seriedad de mujer la comparte con Sara, fiel ama de llaves, que vió nacer a Horacio. Pero de Sara hablaremos más tarde, ahora sólo nos interesa lo que tenemos ante nosotros.

Delia, a la que el matrimonio no había dado hijos, ni tal vez seguramente los deseaba mucho, al ver que la unión con su esposo, que un día fué su mayor encanto, no era ni con mucho lo que había soñado, pasaba una vida algo insulsa y sin color ni sabor.

Lástima de flor que se abriera a la vida de casada con aquella monotonía.

Ella, la joven y simpática Delia, criatura delicada como flor que se abría a la vida y al encanto de la juventud, había sido engañada.

Le habían sustraído la felicidad.

¡Cuántas Delias hay en el mundo!...

Cansada de tanto correr, Delia coge en brazos a su perrito y le colma de mimos y caricias. En todos sus actos denota Delia una nobleza de

sentimientos dignos de mejor comprensión que la que su esposo le presta. Delia llega con el animalito junto a una mesa, donde además de unas flores esparcidas, está preparado el biberón.

No cesa Delia de regañar cariñosamente a su perrito al ver que se muestra reacio a tomar el alimento que le ofrece. Pero Delia ni aun en broma puede reñir a su fiel compañero; ríe y juega, enteramente entregada a las graciosas travesuras del cachorro. Es esta una escena que tantas veces hemos visto, e incluso hecho, en la vida normal. Fácil es, pues, de adivinar el delicioso encanto de este momento tan feliz para Delia, que busca así otra clase de consuelo que le falta.

Cuando más entretenida está Delia, vemos una gorra blanca que viene por los aires y cae sobre la cabeza del pobre cachorrillo, tirando el biberón que su ama tenía entre las manos. Delia sabe bien de dónde proceden estas bromas. Tan acostumbrada está a ellas, que no necesitaría mirar para adivinar la presencia de Horacio; pero sin embargo, Delia se vuelve rápida y con un gesto de indignación, exclama:

—¡Horacio!

Efectivamente, era su marido acompañado del mayordomo. Horacio vestía con traje de montar y sin dar importancia a la reacción de su esposa, recoge la gorra y se la tira al mayordomo juntamente con los guantes. La fusta queda en su mano, entretenida en dar golpecitos sobre las piernas.

Delia, con expresión de disgusto, reprende así a su marido:

—Ya sabes que no me gustan estas bromas.

Por toda contestación, Horacio se dirige al mayordomo y le ordena bruscamente:

—Pedro, llévate al bicharraco ese.

Pero antes de que intente Horacio coger al perrito, Delia se anticipa y lo pone con cuidado en los brazos del mayordomo al mismo tiempo que le dice:

—Anda, llévaselo a Sara, que su padrastro no lo quiere.

Horacio nada contesta y ninguna palabra de saludo ha dirigido a Delia. Se marcha con el mayordomo, y mientras Delia coge las flores que cayeron de la mesa. Acabado esto se sienta en la «chaise-longue». Horacio, que regresa, se sienta en una butaca, junto a su esposa.

Esta llegada de Horacio, al presentársenos en esta narración, de-

muestra el mal gusto y falta de crianza, y de respeto a su esposa.

Para él seguramente es un sello de distinción.

Detalle de mal gusto esta libertad de acción ante un doméstico.

Falta de respeto para la esposa.

El ambiente y las malas costumbres son las que crean estas personas ajenas a las delicadezas de la vida, que trae emparejada errores difíciles de subsanar.

Della esperaba otra cosa del matrimonio.

Se había engañado lastimosamente... pero ya era tarde.

—¿Qué te parece lo del tío Pascual?—le pregunta—. Quién hubiera pensado que ese viejo maniático fuera a acordarse de los descendientes de su hermana Emma.

En Horacio no vemos nunca un gesto noble, una actitud leal, una palabra amiga ni nada que pueda constituir una virtud. Su gesto, su postura ante las cosas, su actitud, responden en todo momento a su verdadero carácter de amargura. Pero no a una amargura originada por embates adversos de la vida —lo que tendría, al fin y al cabo, un punto de disculpa—, sino a una amargura de alma desviada que ya nació así con él.

En sus últimas palabras hemos visto con qué desenfado, con qué falta del más primordial respeto a un antepasado suyo que, por ironías del destino, no le ha hecho otro daño sino recordarle en su testamento con una parte de su fortuna. Pero he aquí el verdadero sentimiento de Horacio: él presume que su malogrado antepasado sólo le deja como herencia una colección de mariposas, a las que el difunto era muy aficionado y tenía en gran estima. No obstante, nos parece adivinar que, sólo por una vez, Horacio reconoce una falta que ha cometido: la de su comportamiento con el malogrado general. Este comportamiento no ha debido ser muy bueno por parte de Horacio, ya que, de otra forma, no tendría motivos para creer que el general lo olvidase en el testamento. Pero ni aun este error, que deja traslucir, quiere Horacio reconocerlo con nobleza y apela a la ironía e incorrección que hemos visto en sus anteriores palabras. Mas... vamos a dejar este tema desagradable que nos desvía un poco de nuestra narración y sigamos atentos al diálogo que entre el matrimonio Santamarina se celebra en estos momentos.

Por toda contestación, Delia responde:

—¿Has decidido ya lo del viaje?

—¡Si no nos habrá dejado más que su colección de mariposas!...

—Pues... podemos ir a recogerlas — se aventura tímidamente Delia.

—A mí no me hace ninguna gracia el viaje. Me interesa más la próxima cacería — contesta Horacio, dando a sus palabras un sentido extraño. Luego continúa—: Avisaré por cable autorizando la lectura del testamento sin mi presencia... y los demás herederos se quedarán tan satisfechos.

—Pues creo que no deberías hacerlo... y... además ya sabes la ilusión que tengo por un viaje a Europa.

—Delia, eres de una ingenuidad encantadora — interrumpe Horacio sarcásticamente, dando a demostrar que la ilusión que su esposa pueda tener a él le trae sin cuidado. Luego continúa—: ¿Te imaginas que el viejo Pascual nos va a dejar una fortuna?

—¡Si no es eso!... Pero... ¿no podemos permitirnos el lujo de un viaje a París?

La contestación queda en el aire por la llegada de Sara. Esta es el ama de llaves, edad madura y una bondad sin límites. Sara estuvo ya al servicio de los padres de Horacio y vió nacer a éste. Su discreción no ha revelado aún los importantes secretos que conoce por haber sido testigo presencial de ellos; pero más adelante, cuando la ocasión sea propicia, Sara nos contará el origen de estos terribles secretos que guarda, más que por fidelidad a Horacio, por no aumentar los sufrimientos de Delia, a quien adora. En Sara tenemos otro exponente claro de lo que es el carácter de Horacio; ella pertenece, como hemos visto, a la servidumbre de Horacio. Sería, por tanto, mucho más lógico, habiéndole visto nacer, como sabemos, que sus sentimientos de bondad y ternura se inclinasen hacia la parte de Horacio. Pero no es así; Sara adora a Delia y casi aborrece a Horacio. Al fin y al cabo, la bondad busca a la bondad en justa correspondencia, en íntima coalición frente a lo que les es adverso.

Al llegar, Sara se dirige a Horacio diciéndole:

—Llaman por teléfono... de Coto Viejo. Es... la señorita Olga.

Al oír este nombre, Delia mira significativamente a Sara y entre ambas se cruza una mirada de in-

teligencia, Horacio, que nada de esto percibe, exclama alegre:

—¡Magnífico!

—¿Vas tú o quieres que...?—pregunta Sara que, como vemos, tutea a sus señores.

—No, voy yo. Será para lo de la cacería—responde Horacio al mismo tiempo que se levanta para acudir al teléfono.

—Como eres tan raro no se sabe nunca lo que quieres—se excusa Sara.

—Cuanto más tiempo pasa, menos entiendo a mi marido—dice Delia, una vez que se ha marchado Horacio—. Y sobre todo, últimamente con esta cacería de Coto Viejo... a su regreso le encuentro cada vez más extraño... más irritable.

—No te sorprenda mucho, pues la afición a la cacería es ya de antiguo una pequeña distracción para Horacio.

—Tal vez sea así, pero créame, Sara, que esta vez me sorprende.

Quedan sin decirse nada, pero por la mente de ambas pasan pensamientos no del todo dispares.

Un nombre les acude al mismo tiempo.

Dirlase algo así como transmisión del pensamiento.

Un nombre... una mujer...

Olga.

Este es su pensamiento, ambas coinciden; pero las dos callan tal pensamiento. Delia para evitar escándalo; Sara por el cariño que siente por aquella casa.

Las cacerías de Horacio, mejor dicho, las fingidas cacerías, no tienen otro objeto que entrevistarse a solas con Olga, joven y bella propietaria de Coto Viejo y un poco vampiresa. He aquí suficientemente aclarada la causa del porqué Horacio tenía interés especial en contestar a la llamada telefónica que le anunció Sara, y también el porqué se puso tan contento. Ahora vemos que lo menos interesante para él son las cacerías, que no existen. Hay, pues, otro móvil que despierta verdaderamente su entusiasmo; y este móvil lleva el nombre de Olga.

Acostumbran a verse en un sitio determinado en lo profundo de la arboleda. Allí charlaban, trazaban sus planes y conseguían estar juntos, apartados de miradas extrañas que llevarían consigo la murmuración por todas partes.

Olga ha sido la primera en llegar hoy y se recuesta sobre el tronco de un corpulento árbol mientras suje-

ta el caballo por las riendas y traza en el suelo, con la fusta, dibujos caprichosos e invisibles porque no dejan huella. Segundos después llega Horacio al trote largo de su caballo. Ya desde lejos se saludan al verse y Olga avanza unos pasos hacia su encuentro. Juntos inician un paseo a pie.

—No sé qué hacer—dice Horacio—. Delia, claro, no comprende por qué no me interesa ausentarme de aquí.

—Es natural y comprendo muy bien que no quieras hacer el viaje... A mí tampoco me agrada mucho la idea de separarnos... Por otra parte, no sabes lo que te haya podido dejar el general... Quizá se trate de algo importante—contesta Olga, dejando ver en sus palabras un marcado interés al mismo tiempo que una inquietud por lo que pueda significar la herencia.

—¡Bah! No creo en la fortuna de ese viejo idiota — dice despreciativo Horacio. Olga, no obstante, trata de convencerle, e insiste:

—Sin embargo vale la pena intentarlo... Después de todo, la separación no llegaría á dos meses... y en el caso de heredar... piensa que también a mí me alegraría—recalca Olga con intención muy significativa.

—Tienes razón. Quizás lo piensé mejor... Ya veremos — termina Horacio medio convencido.

Se despiden, quedando en volverse a reunir al día siguiente, previa llamada telefónica.

A Olga, en principio, no le disgusta del todo la separación, por cuanto el motivo puede serle favorable, si como espera el pariente de Horacio se ha acordado de algo para él, en el reparto de la herencia.

Olga tiene unos deseos locos de grandeza y siempre sueña en riquezas, en lujos, en poder figurar, en que se hable de ella, sea como sea.

Son personas que viven para los demás, en el sentido de la presentación que ostentan.

Son, como vulgarmente se les llama, muebles de lujo.

La misma deferencia o atención que dispensa a Horacio, sin parar mientes en que llaman la atención, con aquellos amores clandestinos, no son más, para Olga, que un medio de darse postín.

Llamar la atención de los hombres, sustraer la felicidad ajena, es algo que la cautiva, que la enardece.

Todo cuanto sea llamar la atención es para ella un deporte.

Algo parecido le ocurre a Horacio.

También a él le gusta el dar publicidad a su personalidad.

Aquellas correrías la parecen de buen tono, imprescindibles a su buen nombre de calidad.

∴

Mientras tanto, Sara hace labor en la biblioteca, y al entrar Delia interrumpe su trabajo. Delia viene triste y preocupada, expresión que Sara capta en seguida, y le da motivo para esta pregunta, que le hace después de haberse levantado para ir a su encuentro:

—¿Se te ofrece algo? ¿Cómo no me has llamado?

—Quiero hablar contigo, Sara... Con él es imposible—dice Delia por toda contestación, refiriéndose a su esposo—. ¿Qué opinas de esto?—y al mismo tiempo, Delia le entrega un telegrama. Sara lo lee atentamente y, al final, queda con una evidente emoción reflejada en su rostro. ¿Tan importante es el telegrama? ¿Encierra éste una nueva sorpresa para Delia? Porque el gesto de emoción que ha puesto Sara no sabemos cómo definirlo. Lo mismo puede ser una noticia sumamente agradable, como triste. Por eso lo mejor será leerlo y salir de dudas. El telegrama dice así:

«Reclamo presencia descendientes Enma Lezica Santamarina, asistir lectura testamento general Pascual Lezica, recién fallecido.—Notario, Alberto Avellaneda: Avenue Moret, 255, París.»

Realmente, una vez conocido el texto del telegrama no justificamos la evidente emoción de Sara. Pero la pregunta que le hace Delia nos lo aclarará:

—¿Tanto te afecta su muerte?

—Escucha, Delia... Tendréis que ir a Europa, y... creo que ha llegado el momento de revelarte un secreto muy doloroso.

—¿Más cosas aún? — pregunta Delia, entre intrigada y alarmada por el tono con que se ha expresado Sara—. Bueno, dime lo que sea.

Evidentemente, apreciamos en Delia una emoción y una inquietud que habla bien a las claras el interés que va a prestar a las palabras de Sara. Delia pasa ahora por esa inquietud tan terrible que todos hemos tenido alguna vez, ante el anuncio de una sorpresa dolorosa, de un secreto terrible que no sabemos en qué puede consistir.

Con mucho misterio, Sara extrae una llave de su pecho y levantándose va hacia las anaquelerías repletas de libros que hay en una pared de la habitación; separa unos libros

y abre una caja secreta empotrada en la pared. De la caja saca un álbum. Delia la ha seguido muy intrigada, contemplando con curiosidad todo cuanto hace.

—¿Qué es eso?—pregunta Delia.

—El diario íntimo de tu difunta suegra, hermana del general... ¡Algo terrible!

Delia se levanta y sentándose en el brazo de la butaca mira el diario por encima del hombro de Sara.

LA MUJER DE LAS DOS CARAS

Sublime creación de

GRETA GARBO

y del simpático

MELVYS DOUGLAS

...

NOVELA DE INTRIGA FEMENINA

...

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DE Editorial Tartas

UN MISTERIO QUE NO SE ACLARA

TODO cuanto sucede ahora es un relato retrospectivo, auténtico y real, que se basa en el diario íntimo de Enma, madre de Horacio, cuya vida llena de virtud y de sufrimientos horribles tiene cierto parecido a la que Delia soporta al lado de Horacio. No sólo parecido en lo que a sufrir se refiere, sino que tiene además ese sufrimiento las mismas causas. La vida de una y otra mujer —Enma y Delia— se desliza infeliz junto a unos esposos —Pablo y Horacio— de caracteres agrios y despiadados. El primero labró el infortunio de Enma, y hasta su muerte, a causa de unos celos infundados y crueles. Humilló a su esposa calumniándola con la más terrible de todas las acusaciones que una mujer honesta puede sufrir.

Pero mejor que a través de estas consideraciones, vamos a verlo a lo largo de la narración retrospectiva que ahora comienza a desfilar ante nosotros, recogida en el mencionado diario íntimo de la infeliz Enma. Este diario, como hemos visto al final del capítulo anterior, va a ser mostrado, por primera vez, a Delia. Nosotros asistiremos también a esta explicación del secreto exhumado por Sara, única forma de no perdernos ni un solo detalle de lo que sucedió a Enma treinta años atrás.

La primera hoja del diario contiene una fotografía en la que vemos a Enma, a su marido Pablo, y a Pascual, hermano de Enma. Están

en la escalinata de una iglesia y corresponde al día de la boda.

La voz de Sara explica que don Pascual fué el padrino de la boda.

Los inanimados personajes de la fotografía toman movimiento gracias a la fiel evocación que Sara, testigo presencial de todos los hechos, hace a Delia.

Enma y Pablo se separan del grupo. Ella parece gozosa y feliz, avanzando hacia el coche que les ha de llevar en viaje de novios.

∴

Los hechos pasan rápidos y los días también. Ha terminado el viaje de novios, y ya de regreso en su hogar, la mano fina y elegante de Enma, que luce en torno a su dedo el anillo de boda, escribe en el diario lo siguiente:

«15 de mayo.—¡Cuántos desengaños!... ¡Si tuviera un hijo!... Pascual trata de alegrarme. Vendrá mañana con su mejor amigo...»

Efectivamente, al día siguiente Pascual, hermano de Enma, como ya sabemos, fué acompañado de su mejor amigo, el capitán Mendoza. Después de la comida, pasan al salón de música. Mendoza se sienta ante el piano y preludia una melodía. Enma, Pascual y Pablo le escuchan atentamente. La expresión de este último es sombría. Se refleja en él esa duda de los hombres poco seguros de sí mismos, incapaces de tener un pensamiento noble ni una opinión amable sobre las personas que les rodean. Mendoza mira fijamente hacia Enma y ésta le mira también, pendiente tan sólo de la bella melodía que interpreta. Pero es suficiente esta ingenua atención del uno hacia el otro, para que Pablo deje nacer en la profundidad de su ser una intención maligna, revestida con una apariencia de celos. Ni aun cuando Pascual se le inclina levemente como para decirle algo en voz baja, deja Pablo de mirar con nerviosa inquietud a su esposa y al capitán. No parece si no que quiere sorprenderles en algún delito. El mismo se atormenta y atormenta a los que con él comparten su existencia.

A los quince días de esta escena, Enma vuelve a escribir en su diario lo siguiente:

«30 de mayo.—¿Será posible la felicidad que presiento?».

Esta felicidad de que habla Enma no puede tener otro significado que el que no da a entender al reanudar una labor de punto que ya tiene forma de prenda para recién nacido. Enma presiente, pues, un hijo. Lo deseaba ardientemente, no sólo por la lógica pretensión de to-

dos los matrimonios, sino también para ver si en él encontraba la felicidad que al lado de su marido no tenía.

Enma levanta la cabeza emocionada al ver que entra su marido. Extiende ante él, con ilusión infinita, la prenda que está haciendo, para darle a entender así la felicidad que les espera. Pero cuál no será su asombro y su dolor al ver que Pablo, lejos de alegrarse, se torna más hosco que de costumbre y mirándola con severidad sale violentamente de la estancia. Enma deja salir a sus ojos la honda amargura que esta acción le produce. Sigue con la mirada la marcha de Pablo y luego la deja vagar por el vacío. ¿Qué le ha pasado a Pablo? ¿Cuáles son sus motivos para comportarse así, tan bruscamente, ante un hecho de tan gran importancia en la vida de dos seres? Enma nos lo aclara ahora, al volver a escribir en su diario lo que sigue:

«16 de junio.—Pablo duda de mí. ¡Es horrible! ¡Tengo miedo!».

Enma cierra el diario donde acaba de escribir y lo guarda. Está llorando sin otro consuelo que el que la fiel Sara le prodiga. Sara va colocando ropa en una maleta. También tiene Sara esa expresión triste de quien comparte el dolor de otra persona querida. Y es que Sara siente un gran afecto y cariño por su señora. Entre las dos se desarrolla una escena profundamente dramática. No hablan una palabra, pero las miradas tristes que se cruzan y las lágrimas que humedecen sus ojos tienen toda la elocuencia que precisamos. Pablo ha ordenado la marcha y por eso las vemos hacer apresuradamente el equipaje. No ignoran el motivo de esta decisión ni tampoco sus consecuencias, máxime cuando Enma está en tal estado que espera de un momento a otro liberar de sus entrañas el fruto que tanto ansía.

Día triste para la vida de esta mujer. Hasta el cielo viste sus lutos enviando la oscuridad de unas nubes tormentosas. Por la solitaria carretera avanza un coche tirado por caballos briosos que parecen tener prisa por cumplir su fatal misión. En el interior del coche, Enma va deshecha por su dolor moral y material. La incomodidad del viaje en tal estado la hace sufrir horriblemente. Junto a Enma, Sara, que trata de consolarla inútilmente. Y frente a ellas, rígido e indiferente, Pablo.

A un fuerte tirón de las riendas que da el cochero, los caballos se detienen bruscamente. El rostro de Enma está cubierto de sudor y Sara se aproxima más a ella presa de la

mayor angustia. Pablo se da cuenta de la situación y baja del coche. Sara y Enma lo hacen también. Sara sostiene a su señora con el mayor cuidado. Pablo se adelanta un poco y mira entre los árboles un lugar donde refugiarse. Afortunadamente, una casita de campo que se halla iluminada les orienta hacia allí.

A Enma la tienden sobre una cama. Pablo, en pie y cruzado de brazos, mira impasible todo cuanto sucede. Sara y la dueña de la casa multiplican su actividad humanitaria. El gesto de Pablo se endurece por momentos y Enma baña sus ojos de lágrimas amargas. De pronto da un quejido seguido de una reacción violenta que le obliga a contraer las manos fuertemente contra el embozo de la cama. Sara la mira con angustia y después alza la cabeza hacia Pablo con ansiedad suplicante. Pero Pablo permanece inmóvil.

Pasado ese momento precursor y posterior a un hecho tan trascendental, Pablo se inclina sobre la cama y coge a un recién nacido, levantándolo bruscamente.

LA NARRACION VUELVE A SU EPOCA

LA inesperada entrada de Horacio en la estancia donde Sara explica a su señora todo el pasado perteneciente a Enma y Pablo nos priva de conocer el final de tan interesante y dramática historia.

Horacio ha regresado de Coto Viejo y sorprende a las dos mujeres con el diario de su madre en la mano. Este hecho le irrita sobremanera y se dirige furioso hacia Sara, arrebatándole el libro con violencia.

—¡Sara!—exclama Horacio, fuera de sí, haciendo ademán de pegarle con la fusta que trae en la mano. Delia, que adivina la intención, se lanza rápida a sujetar el brazo de su marido.

—El secreto de este álbum es sólo mío, y te había prohibido...—habla colérico Horacio, dirigiéndose a Sara.

—¡Horacio! ¿Estás loco?—le increpa Delia, sujetándole el brazo amenazaba a Sara.

—Ni una palabra más, ¿me oyes? o no respondo de mí... ¡Vete!—continúa Horacio, refiriéndose a Sara.

Tras esta escena violenta, las noticias sorprendentes no terminan para Delia. Ahora vemos a esta sufrida mujer sentada en uno de los sillones de la biblioteca. Examina unos documentos. Frente a ella, su administrador Gómez-Lara.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo ha podido hacer esto?—pregunta Delia, una vez examinados los documentos que el administrador le entregó.

—No sabe usted, señora, cómo lamento darle este disgusto—contesta Gómez-Lara con expresión de sincera contrariedad.

—He pasado por todo... Todo lo esperaba, pero que se atreviese a hacer esa hipoteca... nunca lo creí posible — continúa Delia profundamente disgustada.

—Una vez más el señor se ha visto necesitado de dinero y no dió en el medio para encontrarlo—responde el administrador, que se ha creído en el deber de informar a Delia del estado de cuentas y de los despilfarros de Horacio.

—Deudas de juego... deudas de mujeres... ¡Es vergonzoso! Necesito salvar la casa, pero... ¿cómo hacerlo, Dios mío?

Delia se hace a sí misma esa pregunta, y antes de obtener una posible respuesta del administrador, sale de la biblioteca y se dirige al vestíbulo. Va en busca de Horacio y lo encuentra. Está sentado en un sillón, frente a la chimenea. Horacio vuelve la cabeza hacia Delia, algo sorprendido por la expresión de su mujer.

—¿Qué te pasa?—pregunta. Y luego, disimulando, continúa—: ¿Sabes que lo he pensado mejor? Nos vamos a París.

—¡No vengo a eso! He hablado con Gómez-Lara.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te dijo ese viejo inútil? Me lo imagino... la hipoteca... Pues sí, hija, sí, era la única solución — confiesa Horacio en el colmo del cinismo. Luego continúa—: Necesitaba tu dinero y no tuve más remedio que recurrir a tu casa... ¡Perdóname! Pero..., ¿no querías un viaje a Europa?

—¿Por qué lo hiciste?—replica Delia con energía—. Es la casa que me dejaron mis padres.

—No te preocupes, mujer... ¡Vaya, para que veas que soy generoso, la herencia para ti, te la regalo!—contesta irónicamente Horacio, convencido de que la herencia consistirá sólo en una colección de mariposas.

⁂

Mientras tanto, en París, en el despacho del notario señor Avellaneda, están reunidos todos los herederos del general don Pascual Lezica. Avellaneda, sentado frente a la mesa de su despacho, mira a los reunidos por encima de sus gafas. Después de unas tosecillas preliminares, anuncia en voz alta:

—Siento comunicarles, después de haberles molestado, que no se podrá dar lectura al testamento del general Lezica, por ausencia de su sobrino Horacio de Santamarina y su esposa. Pero ya he recibido un telegrama anunciándome su próxima llegada.

Ante esta noticia, todos los he-

rederos se ponen en pie y van desfilando hacia la calle al mismo tiempo que hacen en alta voz comentarios de protesta:

—¡Es inaudito!

—¡Vaya con el sobrinito!...

—¡Tenía que ser Horacio!

—¡Como todos los Santamarina! ¡Tener que doblegarme siempre a su voluntad!

Esta es la breve escena que hemos presenciado en el despacho del señor Avellaneda, promovida por la ausencia de Horacio.

Y en efecto, como había dicho el notario, el viaje de Horacio y Delia sería inmediato. En la puerta de la casa de Horacio está esperando el coche que ha de conducirles a la estación. Los criados van cargados de maletas que colocan ordenadamente en el coche. Ha llegado el momento de echar a andar y Sara despide a su señora con singular afecto al mismo tiempo que le dice:

—Ya lo sabes, hija mía, cuidado con la garganta. En la maleta azul está tu bata acolchada y el pequeño estuche del botiquín.

—Está bien—responde Delia cariñosamente—. No te preocupes, mujer.

Horacio, por su parte, se despide así de su viejo mayordomo y del ayuda de cámara:

—Bueno, hombre. Por lo menos vas a descansar una temporada de mis coscorrones, ¿no? Y tú dejarás de recibir broncas diarias por lo mal que cuidas mis escopetas.

Los dos servidores aludidos le atienden con expresión cortada.

—Por última vez me vas a atar este zapato. Bueno... eso de por última vez... hasta que vuelva—dice Horacio al mayordomo al ver que se le había soltado el cordón del zapato. Y luego, al ver que el ayuda de cámara va a cumplimentar la orden, le grita—: ¡Quieto! No hablaba contigo.

—Como su padre... Lo mismo que Pablo—comenta Sara, que ha presenciado la escena. Y mirando bien para convencerse de que Horacio no las ve, saca con misterio un sobre abultado de su pecho y se lo entrega a Delia.

—Toma... léelo antes de llegar a Europa.

La voz sonora de Horacio interrumpe autoritaria:

—¡Delia! ¡Vamos!...

Delia y Sara se abrazan. Horacio ya está en el coche y Delia sube tras él. Los criados rodean el coche y les despiden agitando los brazos. El coche arranca y se pierde por el jardín.

RUMBO A EUROPA

ESTAMOS a bordo de un transatlántico, cargado de pasajeros de todas clases sociales que hacen su travesía de Buenos Aires a Francia. Entre los pasajeros van también Horacio y Delia, que ocupan departamentos de lujo. Se han decidido por fin a efectuar esta travesía y cumplir así dos propósitos: el de la herencia y la visita a Europa que Delia tanto deseaba. Ya están en alta mar y les quedan pocos días para llegar a su destino.

En el camarote, Delia retoca su peinado sentada ante el espejo de la coqueta. Horacio hace su aparición, correctamente vestido de etiqueta, y se acerca a su esposa, preguntándole:

—¿También tú vas a salir?

—No pretenderás que esté siempre recluida en el camarote.

Sobre la coqueta de Delia hay una caja de bombones acompañada de la tarjeta correspondiente a la persona que los envía. Por supuesto, se trata de un galante caballero, amigo del matrimonio, que obsequia con tal delicadeza a Delia. Estos detalles producen un evidente malhumor en Horacio, que deja traslucir en sus palabras:

—¿Más bomboncitos?... Supongo que no irás con la pandilla de ese cretino...

Delia se pone en pie y le quita la tarjeta que Horacio había cogido. Al mismo tiempo le replica:

—Ni creo que pretendas, precisamente tú, lo que se debe y no se debe hacer.

Estas palabras y esta actitud de Delia tienen un significado más profundo de lo que parecen. Nosotros vamos a hacer unas breves consideraciones sobre ello, a fin de no dejar que nuestro criterio balbuceé por caminos erróneos. Porque sería lógico rechazar la actitud de Delia si tras ella no hubiesen otras causas que merezcan nuestra aprobación, ya que en una situación normal la razón estaría decididamente del lado de Horacio. Nuestro carácter y nuestras costumbres españolas rechazan el hecho de que una señora casada acepte regalos de quien no es su marido, cuando estos regalos tienen, o pueden tener, interpretaciones diversas. Pero es el caso que Horacio, en el tiempo que llevan de travesía, no ha dedicado a su esposa ni un solo minuto. Prescinde de ella en sus salidas, reuniones, fiestas e incluso comidas. Horacio ha formado tertulia y amistad con un grupo de viajeros en donde no falta una dama que acapara su tiempo haciéndole olvidar sus deberes para con Delia. Esto, naturalmente, tampoco forma parte de nuestra manera de pensar y de ser. No obstante, si viéramos en Delia, abandonada por su marido, un camino equivocado, le quitaríamos inmediatamente la razón. Pero los bombones que Delia recibe, ni sus escasísimas salidas con un grupo de señores y señoras casadas, tienen un fin de galanteo por parte de nadie ni una aspiración en Delia de adoptar costumbres modernistas. Se trata simplemente de querer matar el tedio de una travesía monótona y de una relación social que su marido se niega a darle. Nada hay, pues, en ello motivo para censura, y sí mucha, en cambio, para la actitud de Horacio, que la violenta y humilla constantemente con los públicos galanteos hacia la bailarina Lola.

He ahí, pues, un motivo que justifica ya a nuestros ojos la actitud de Delia al responder en tal forma a las preguntas de su marido. Este, que tiene prisa por salir en busca de sus amigos, le contesta apaciblemente:

—Vaya, ya estamos otra vez... Me voy, que tengo una revancha con Mac-Rod.

Al salir Horacio entra la doncella. Desde la puerta pregunta a Delia:

—¿Llamaba la señora?

—Sí... A ver si arreglas esto un poco.

⁂

Somos ahora testigos de una es-

cena que viene a confirmar las consideraciones que anteriormente nos hemos permitido hacer sobre la conducta de Horacio y Delia.

Junto al mostrador del bar, dos personas, que luego nos serán conocidas, hablan en voz baja cuidando de que nadie les oiga. Son Mac-Rod y Lola. Parecen que tratan de ponerse de acuerdo sobre algo importante. Acercándonos más a ellos podremos oír su conversación. Mac-Rod dice a su amiga:

—Tú dedícate a Horacio, que te conviene mucho y... además está coladísimo. Hacéis muy buena pareja.

—Oye, eso es anuncio pagado —contesta Lola.

—Casi, casi... Tengo una revancha con él y si tú intervienes... ya sabes, afortunado en amores...

—Eres un pillo redomado... Bueno, le costaré cara, pero... con una condición; prométeme que no le harás beber. Le hace mucho mal.

—Prometido... ¡Hola, Horacio! —exclama Mac-Rod al ver llegar a su amigo—. ¡Qué suerte tienes!... Me acaban de dar unas calabazas... —dice Mac-Rod cínicamente, con propósito de despertar aun más en Horacio su interés por Lola.

Horacio, ingenuamente engañado, dirige a su amigo una sonrisa de lástima, después de haber saludado con otra sonrisa de amor a Lola.

Un empleado se acerca a Lola y le dice respetuosamente:

—Perdón, el número de la señorita va a empezar.

Lola se despide de sus amigos y antes de iniciar la marcha le dice Horacio:

—Estaré en el camarote de este pelma. ¿Vendrás a buscarme?

—Tal vez...—contesta Lola, dejándose querer.

Los dos siguen con la vista la marcha de Lola. Cuando desaparece, Horacio dice a su amigo, refiriéndose a la partida baraja que van a jugar:

—¡Te voy a dar una paliza!

—¡Vamos a verlo!—acepta éste retadoramente, y dirigiéndose al camarero, le advierte— Ya sabes, mucho whisky y mucho hielo.

∴

Mientras tanto, Delia, en su camarote, dice a la doncella:

—Le dices al señor Campos que estoy indispuesta y que no pienso salir ya.

Desde el camarote de Delia se oye levemente la música que acompaña el baile de Lola. Delia da unos paseos nerviosos por su estancia y ve cómo la brisa suave de la noche

mueve el visillo de sus ventanas. Esto le induce a salir y refrescarse un poco paseando sobre cubierta. Llega lentamente frente a la sala de fiestas, donde Lola luce sus habilidades de bailarina. El público es numeroso y Delia contempla el espectáculo desde cubierta, apoyada desde la borda.

Lola baila admirablemente y contorsiona su cuerpo con elegancia y sentido de la estética. Sabe dar a su arte un aire especial que prende la atención del público. Al mismo tiempo se acompaña con una canción que intrepreta con voz dulce y melodiosa. Lola es, sin duda, una gran artista que reúne, además, maravillosos encantos como mujer.

Un nutrido y prolongado aplauso premia el arte admirable de la bailarina.

Delia continúa su solitario paseo y se detiene junto a una pareja que se cambian amor alejados del bullicio de la fiesta. Delia les contempla con expresión dulce y simpática. Se advierte claramente que casi envidia la felicidad de estos enamorados, por tener esa cosa tan sublime que ella jamás ha disfrutado junto a Horacio. Su matrimonio fué más bien un arreglo o convenio familiar, exento de amor y hasta de comprensión mutua.

Se aleja de aquel lugar, no queriendo ser por más tiempo testigo de esa felicidad que a ella le ha negado el destino. Continúa su paseo, indecisa, sin rumbo determinado, y acierta a pasar junto a la escotilla del camarote de Mac-Rod. Oye voces y le parece distinguir la de su marido. Esto le llena de justa curiosidad y se detiene a contemplar el interior a través de la escotilla. Efectivamente, allí está Horacio en unión de otros señores —Mac-Rod entre ellos— que juegan una partida de bacarrat. Parece que la jugada es interesante a juzgar por el silencio que guardan todos.

De pronto uno de los jugadores dice:

—Cinco.

—Uno—contesta Horacio.

—Nueve—vuelve a decir el primero.

—Bacarrat—responde Horacio, y llenando un vaso de whisky se lo bebe de un tirón.

Delia, con un gesto de repugnancia abandona su observatorio y se pierde en la oscuridad de la noche. Nosotros vamos a seguirla. Para ello hemos de retroceder un poco, porque Delia se dirige nuevamente a su camarote. Y en él saca el sobre que Sara le entregó con tanto misterio al salir de Buenos Aires y se lo contempla pausadamente. Se recuesta sobre el diván y rasga el so-

bre, dispuesta a leer su contenido, como Sara le indicara. Pero un fuerte portazo dado en el camarote contiguo al suyo, que es el que pertenece a Horacio, seguido de unos pasos que se mueven indecisos de un lado a otro, la llenan de inquietud. Rápidamente esconde los papeles en el pliegue del sofá y se pone en pie con vivas muestras de inquietud que culminan ante el estrépito de unos cristales rotos y de un cuerpo pesado que se desploma. Delia corre presurosa a la puerta que comunica con el camarote de su marido y le llama presa de la mayor angustia:

—¡Horacio, Horacio!

Sus voces no tienen respuesta, y como tampoco acude Horacio a la llamada que sobre la puerta hace con los nudillos, Delia se decide a descorrer el pestillo que sirve de incomunicación con los dos camarotes. Nada más entrar en el de Horacio, lanza un grito de terror y se lleva la mano a la cara, dejando sus pies paralizados por un momento. Mas reacciona pronto y se vuelve rápida hacia el timbre y lo oprime con violencia. Luego se arrodilla junto a su marido, que permanece tirado en el suelo con expresión muerta en sus ojos y envuelto en cadavérica palidez. Delia le pregunta llena de angustia:

—¡Horacio! ¿Qué te ha ocurrido? He llamado ya. No tardarán en llegar.

Unos golpes dados en la puerta hacen a Delia exclamar rápidamente:

—¡Adelante!... ¡Ayúdeme!

Entre los dos tienden a Horacio sobre la cama. Horacio permanece inanimado.

Delia parece comprender la horrible tragedia que en realidad tiene ante sí, y grita al camarero:

—¡Pronto! ¡Avise usted al doctor!

El camarero sale precipitadamente y Delia queda junto al cadáver de su marido abrumada por el horror.

UN ENCUENTRO ORIGINAL

EL torbellino vertiginoso de las hélices del transatlántico, anclas que se mueven, movimiento de equipajes y viajeros que descienden por la pasarela, nos da la impresión auténtica de que el crucero ha terminado. No nos detenemos en nadie; todo pasa rápidamente ante nuestros ojos con el mismo desconcierto y confusión que un viaje de esta naturaleza trae siempre consigo en el puerto de arribada. Pero no importa, ya se pisa tierra firme y nuestros protagonistas van camino de París. Mejor dicho, sólo vemos a Delia en el departamento de lujo de un tren. Su expresión es triste y apenada, aunque el conjunto alegre de su tocado no esté en consonancia con ese gesto de dolor.

¿Dolor?... Más bien diríamos de tristeda u honda preocupación, o, si queremos, un estado de ánimo poco definido, aunque parezca reinar la pesadumbre. Ni es dolor ni angustia, ni tristeza ni preocupación; parece un conjunto donde juegan todos esos sentimientos, sin que ninguno se deje vislumbrar claramente. Algo así como la rápida libertad de una amargura, el inesperado destierro de una tristeza que oprimía, ligada a una vida infeliz que iba consumiéndose lentamente, y que, por contraste, no se puede manifestar honestamente por la enorme intimidad del problema. En esos momentos era Delia un alma redimida de la tiranía a que su marido, infiel, jugador y de una crueldad inaudita, la sometía. Claro que la redención de es-

ta alma honesta y llena de bondad no podía ser gozada momentáneamente, porque estaba ocasionada precisamente por la muerte del esposo. Este es el problema de honda intimidad a que aludimos, y ésta era esa sensación de ánimo tan compleja que Delia mantiene.

Junto a Delia, otros viajeros ocupan también sus asientos. Cada uno va entretenido en sus asuntos; unos leen, otros dormitan y otros charlan entre sí. Sólo Delia, sumida en sus pensamientos, permanece inanimada y estática. Una voz juvenil y atractiva le saca de su mutismo y meditación. Esta voz pertenece a un joven elegantemente vestido, aspecto simpático y jovial, que desde la puerta del departamento pide la documentación a los viajeros, al mismo tiempo que hace el clásico ademán del policía que se lleva la mano a la solapa.

—¿Documentación, por favor?...

Como decimos, esta voz ha sacado a Delia de su abstracción, volviéndola a la realidad. Este contraste tan manifiesto ofrece lógicamente unos segundos de desconcierto, por lo que el joven, a quien llamaremos Carlos, vuelve a repetir su orden:

—¿Documentación?

Delia saca su pasaporte y lo entrega al policía, pero de pronto queda sorprendida intensamente y le mira con fijeza. Su emoción nos hace reparar con más detenimiento en Carlos, y en efecto, comprendemos la sorpresa de Delia ante el enorme parecido de este nuevo personaje con Horacio. Parecido que, a no ser por la ausencia del fino bigotito que Horacio lucía, calificaríamos de exacto. Todas sus facciones son perfectamente iguales, e incluso la voz de Carlos es idéntica a la de Horacio. Tan sólo en una cosa difieren; en la simpatía que irradia Carlos, en contraste con la cruel severidad de Horacio. Por lo demás diríamos que son hermanos gemelos.

Carlos examina el pasaporte de Delia, al mismo tiempo que dice:

—¿A París?... ¿En qué hotel?

—En el hotel Central—responde Delia.

Carlos devuelve los pasaportes y se dirige, en el mismo sentido, a los demás viajeros. Concluído su examen, Carlos abandona el departamento. Se detiene en el pasillo para anotar en su block: «Delia, hotel Central».

Delia, extrañada quizás por este enorme parecido, sale también del departamento y sigue con la vista a Carlos. Este se da cuenta y, por disimular, entra en el departamento inmediato. Allí se ve obligado a hacer lo que en el anterior: pedir los

pasaportes. Pero no había terminado de decir:

—¿Documentación, por favor?

Cuando uno de los viajeros se levanta y dice:

—El que pide la documentación soy yo. ¡A ver sus papeles!

Y descubre, efectivamente, tras su solapa la insignia de policía. Carlos ha sido descubierto en su truco, porque truco era el fingirse policía y pedir a Delia la documentación.

Carlos sale corriendo, y tras él el policía y algunos otros viajeros que se han dado cuenta del engaño. Pero Carlos es rápido y le ayuda, además, en su huida la aglomeración de gente que se agolpa en el pasillo. Se oye el silbato de alarma y el tren detiene paulatinamente su marcha vertiginosa. Delia, entre los extrañados viajeros, trata de informarse. Un empleado pasa por allí, y le pregunta:

—¿Qué ha ocurrido?

—Un impostor, un individuo que haciéndose pasar por policía ha querido...—y elevando más la voz, continúa el empleado—: Señores, si alguien ha sido robado que dé parte inmediatamente.

El tren se ha detenido y el policía y algunos empleados bajan en busca del fugitivo. Todo es inútil: al poco tiempo vuelven a subir y el tren continúa su marcha.

No nos da tiempo de escuchar los naturales comentarios que este incidente traería consigo. El tren ha llegado al término de su viaje y los pasajeros descienden con sus maletas. Entre la confusión lógica de una estación de París vemos a Delia indecisa. Una gran carretilla cargada de equipajes nos oculta a la joven, pero pronto la volvemos a ver en el interior de un taxi que la lleva hacia el hotel.

PARIS, HOTEL CENTRAL

DELIA se aproxima a la conserjería del hotel y pregunta:

—Mis habitaciones han sido reservadas por telégrafo. Soy Delia Campos de Santamarina.

—Efectivamente, señora — responde el conserje, después de rápida visión al libro de entradas—. Departamento 18, piso primero... Le mandaré al botones para que llene la hoja de entrada... ¿No le acompaña su marido?

—¿Mi marido?... No... no—contesta Delia, disimulando su turbación. Cuando se dispone a subir, el conserje le dice:

—Ah... Hubo una llamada telefónica para los señores...

—¿Una llamada? ¿De quién?

—Del notario señor Avellaneda.

—Bien, llámele y ponga la comunicación con mi cuarto.

—Inmediatamente, señora—responde solícito el conserje.

Delia, seguida de los botones que llevan sus maletas, entra en el ascensor. Ya en cuarto, Delia acude presurosa al teléfono que repiquetea su llamada.

—¿Diga? ¿El señor Avellaneda?... Habla la señora de Santamarina... ¿Y cuándo será la lectura del testamento?

Al otro lado del teléfono, el notario señor Avellaneda responde:

—Esta tarde, a las cinco... Le ruego se lo comunique al señor Santamarina.

—Mi marido—responde Delia—no podrá asistir... Asuntos particulares le han retenido. Iré yo en su

representación... Hasta esta tarde, señor.

Mientras dejamos a Delia pensativa sobre la decisión que ha de adoptar en lo sucesivo, vamos a dar un pequeño y breve recorrido por sus habitaciones.

Efectivamente, responden al lujo que hemos visto en el vestíbulo y en el aspecto general del hotel. El departamento que ocupa Delia es amplio y artísticamente decorado; muebles de elegante trazo, cuadros de algún valor, lámparas espléndidas, y un lecho mullido y cómodo. En todos los detalles se aprecia claramente un hotel de primera clase.

Delia, tras una breve pausa de indecisión, llama por teléfono al conserje.

—¿Conserje?... Esta tarde, a las cuatro, necesito un coche.

⁂

Son ya las cuatro de la tarde, y, como estaba previsto, Delia sale del hotel. En la puerta ya le espera el coche, mas antes de subir a él mira a todos lados, como buscando a alguien. El chofer le pregunta:

—¿Espera a alguien más la señora?

—No... no... Llévame a la Avenue Moret, 185.

La dirección dada corresponde a la casa del notario señor Avellaneda. En el despacho ya están reunidos todos los herederos del general Lezica, dispuestos a escuchar con la mayor atención la lectura del testamento. Parece que esperan impacientes la llegada de alguien, y en efecto, Delia no ha hecho todavía acto de presencia. Nosotros sabemos que no tardará en llegar, pero mientras tanto sus desconocidos parientes ocultan la impaciencia haciendo cálculos y cábalas sobre lo que puede corresponderles de herencia. Al abrirse la puerta del despacho todos vuelven la cabeza hacia esa dirección. Delia hace su entrada, lenta y pausadamente. Con mucha ceremonia, el notario le presenta a los demás reunidos:

—Los señores de Santamarina... Perdón—rectifica el notario al darse cuenta de que Delia viene sola—. La señora de Santamarina...

La entrada de Delia ha causado expectación general. Todos se ponen en pie, y el notario señor Avellaneda le besa la mano ceremoniosamente. Indica a la recién llegada una de las dos sillas que hay vacías y hace ademán para que todos se sienten. Nos parece advertir que la llegada de Delia no ha causado mucha simpatía en los demás.

El notario, tras la mesa de su despacho, dice con voz ahuecada:

—Bueno, daré comienzo a la lectura.

Antes de empezar da las consabidas toscillas y mira a todos por encima de sus lentes. Por fin comienza la lectura:

—«Yo, Pascual Lezica, general retirado del Ejército, dejo herederos de mis bienes a las personas citadas a continuación. A mi cuñada Adela Irigoyen, viuda de mi hermano José, y a su hija Zulita, dejo mi hacienda del Choclo, no muy rica y extensa.»

Las aludidas hacen un gesto de poca satisfacción. Están sentadas junto a un gran ventanal desde el que se divisa la calle. Podemos apreciar que nuestro amigo Carlos, el joven y falso policía a quien conocimos en el tren, pasea por la puerta de la casa en actitud de espera. El notario sigue su lectura:

—«...A mi sobrina María Garzón dejo mi colección de mariposas...»

Todos miran hacia María, y, contrariamente a lo que suponen, ésta hace un gesto de manifiesta alegría. Sin duda, es muy aficionada a estos insectos y la donación de su tío la colma de satisfacción.

—«...Y por último—continúa el notario—, a los descendientes legítimos de mi hermana Enma...».

El notario hace una pausa que nos hace apreciar claramente cuán grande es la expectación y cuán evidente el nerviosismo que reina en todos los allí presentes.

—«...por la que sentía especial predilección, dejo la cantidad de doscientas mil libras que podrán cobrar en el Banco Americano, donde se hallan depositadas... previa firma de quien acredite ser Santamarina y Lezica.»

Vemos que Delia no se ha inmutado y escucha serenamente las últimas palabras del señor Avellaneda. En contraste a esta tranquilidad, apreciamos la desilusión de los que no han sido favorecidos en el testamento, y la envidia que no pueden disimular.

Ha terminado el acto oficial de la lectura del testamento, última voluntad del fallecido general Lezica. Estamos ya en la calle. Delia entra nuevamente en el coche que le trajo y queda con la mirada perdida en el vacío. Nos damos cuenta ahora de lo abrumada que está. Sin duda, la importante cantidad que le ha correspondido en la herencia la tiene sobrecogida, pero más adelante veremos que la actitud de nuestra bella amiga responde a otras causas más profundas y complicadas. Al fin parece reaccionar y ordena al chofer:

—Al hotel.

Arranca el coche, y al doblar la

—¡Aparta! No hablaba contigo... Tú, átame el cordón del zapato.

Olga y Horacio celebraban siempre sus entrevistas en un lugar determinado del bosque de Coco-Viejo.

—Dicen que a la tercera va la vencida... Espero tener más suerte que los demás... Con su permiso me sentaré a su lado — dijo Carlos, sin dar tiempo a que Delia contestase.

El capitán Mendoza, mientras preludiaba su melodía, miraba con insistencia a Emma.

UNA HERENCIA EN PARIS

—La fatalidad ha puesto en mi camino un gran inconveniente...

—¡Qué suerte tienes!... ¡Me acaban de dar unas calabazas!...

—Un accidente sin importancia... Firmaré con la mano izquierda.

Lola entusiasmaba al público con el arte maravilloso de su danza.

—¿Ignoraba usted que esto es un delito que la ley castiga severamente y que está penado con prisión?

—¿Va usted a denunciarme a la Policía?

—Es usted incorregible...

—¡Cuánto lo siento!... pero tengo una jaqueca fortísima...

—Escóndase en mi camarote hasta que me haya ido... No puede negarme este favor.

—Está usted jugando con fuego. Horacio era un hombre retraído, serio, poco comunicativo...

Delia ve cómo se aleja Carlos, y no sabe qué partido tomar.

—Ya no puede usted librarse de mí. Yo avisaré a su administrador.

—Tenía necesidad de hablar contigo, Sara.

—Imagino lo que vas a decirme.

primera esquina frena repentinamente.

Los numerosos peatones que a esa hora circulan por allí se agrupan en torno al coche. Delia, vivamente alarmada, se asoma por la ventanilla. Ignora lo ocurrido, pero nosotros sí nos dimos cuenta, porque vimos preparar la maniobra. Se trata, sencillamente, de Carlos. Este, a quien distinguimos a través de la ventana del señor Avellaneda, se había apostado en la esquina por donde tenía que pasar el coche de Delia. Lo demás fué fácil; en el momento oportuno, y cuidando de no lastimarse demasiado, se dejó atropellar por el coche. Como la tarde estaba lluviosa, la única consecuencia de esta hábil maniobra fué mancharse el traje, que al fin y al cabo, era lo que pretendía, para tener así un motivo justificado de subir al coche, junto a Delia.

El chofer desciende rápidamente y trata de auxiliarle.

—Suba usted — le dice, solícito—. Le llevaré a la Casa de Socorro más próxima.

Delia, que aun no se ha dado cuenta de quién se trata, dice un poco acongojada:

—¿Está usted herido? ¡Suba, por favor!

Carlos se vuelve a Delia y con la sonrisa en los labios y una inclinación cortés, responde:

—Encantado.

Pero Delia, que reacciona rápidamente, no le da tiempo a subir y ordena al chofer:

—Siga. ¡Al hotel!

El chofer cumple la orden recibida y el coche arranca. Delia mira disimuladamente hacia atrás, a través de la cortinilla, y tiene una sonrisa de agrado.

Al llegar al hotel, Delia recoge las llaves de su cuarto. Todo lo hace mecánicamente, distraída, a causa de unos pensamientos que bullen en su cabeza.

El conserje la saluda, al mismo tiempo que le da un programa.

—Buenas tardes, señora.

Pero Delia ni contesta ni se da cuenta del programa, que recoge. En este estado de abstracción sube a su cuarto y se pone a mirar desde la ventana. El programa lo ha dejado sobre la mesa. Lo leemos:

«Hoy sábado, a las nueve de la noche, gran cena, baile y cotillón.»

NUEVAMENTE CARLOS APARECE EN ESCENA

EL comedor del hotel presenta un aspecto brillantísimo. Bajo una iluminación fastuosa, los asistentes a la fiesta se mueven dinámicos de un lado a otro, cubiertos con sus trajes de disfraces, cosa que da al ambiente una magnificencia extraordinaria y maravillosa. Las mesas están todas ocupadas, y los camareros acuden solícitos a servir a sus clientes. Delia acaba de sentarse. Está sola en su mesa y al acercarse el camarero le pregunta:

—¿Qué pasa aquí esta noche?

—Es la víspera de Carnaval—contesta el aludido alegremente.

Delia no se inmuta y con gesto displicente ordena al camarero:

—Está bien, puede servirme.

Mientras llega su comida, Delia pasa el tiempo mirando distraídamente a los diversos objetos, propios de Carnaval, que hay sobre su mesa: gorritos de papel, un antifaz, sorpresas... Una de las máscaras que en ese momento pasa junto a su mesa, le dice parándose ante ella:

—Es usted demasiado bonita para estar sola. ¿Me concede este baile?

Delia no se da por aludida y vuelve la cabeza en dirección contraria. La máscara se aleja riendo y se mezcla entre el bullicio. Ahora es un pierrot el que se dirige a Delia:

—Una mujer como usted no tiene derecho a estar sin compañía. ¿Quiere usted bailar?

La joven no contesta tampoco a esta nueva alusión y el pierrot se marcha también alegremente. La

escena ha sido observada por Carlos, que con unos amigos, todos disfrazados de dominó, cenan en una mesa próxima a la de Delia. Carlos ríe fuertemente, y Delia, que ha reconocido la voz, vuelve la cabeza hacia Carlos. El joven se acerca a nuestra amiga y le habla así:

—Dicen que a la tercera va la vencida. Espero tener más suerte que los demás... La he estado observando... Con su permiso me sentaré a su lado—y une la acción a la palabra, sin esperar siquiera el consentimiento que ha pedido.

Delia parece indignada, y Carlos continúa impertérrito:

—Podemos charlar o bailar, como usted guste.

La actitud de Carlos es la del muchacho alegre y simpático que a toda costa quiere conseguir el afecto y la amistad de Delia. Pero ésta parece no estar muy a gusto con su presencia y mira impaciente a todos lados, como buscando a alguien que venga en su ayuda.

—¿Qué va usted a hacer?—dice Carlos—. Después de todo no hay nada malo en que me haya acercado... Está usted sola... Una noche de Carnaval, una orquesta de jazz, y... yo que también estoy solo.

—Es usted un impertinente—le increpa Delia, al mismo tiempo que se levanta decidida a marchar. Carlos la sigue.

—Por favor, no lo tome usted a mal... ¿Por qué no ser amigos? Rompamos el protocolo de la presentación; lo del tren y el atropello la sustituyen.

—Pues yo creo más bien lo contrario.

—¿Va usted a denunciarme a la policía?

—Es usted incorregible.

Durante este breve diálogo han tenido tiempo de llegar al ascensor. Allí, junto a la puerta, Carlos insiste nuevamente:

—Seamos amigos...

—Pide usted demasiado.

—Desde luego; en la vida hay que tener ambición.

—¿Ambición? —contesta Delia, pensativa, como si esa palabra le trajese a la memoria algún recuerdo.

—¿Ve usted?—dice Carlos—. Ya hemos encontrado un punto de contacto... Una mujer con su atractivo...

—Si cree haber hecho una conquista, está usted equivocado.

Delia entra en el ascensor, que se cierra tras ella. Carlos queda fuera y la ve subir. De pronto reacciona y echa a correr escaleras arriba.

El ascensor llega a su punto de destino y Delia sale de él al mismo tiempo que Carlos, corriendo, do-

bla un recodo del pasillo y se acerca a la joven.

—Estoy seguro de que podría serle útil en algo. Usted necesitará mi ayuda en París; y créame, puede contar conmigo incondicionalmente.

Los dos jóvenes se miran y Carlos se desconcierta un poco por la actitud de Delia, que parece querer comprender todo el alcance de estas palabras.

—Bueno, dejemos esto — pide Carlos—; pero mañana prométame almorzar conmigo... Vendrá usted, ¿verdad? Conozco un pequeño restaurante en la calle Dulac...

Pero Delia ya ha abierto la puerta de su cuarto y desaparece tras ella. Carlos no desiste de su propósito, y en alta voz grita a través de la puerta cerrada:

—Se llama el Refugio... La espero a la una... ¿Verdad que será usted puntual?... Puede usted contar conmigo incondicionalmente...

Delia, tras el refugio de su puerta, cambia de actitud. Ahora parece complacida de escuchar la voz de Carlos, e incluso parece hacerle gracia el atrevimiento y la seguridad que pone en sus palabras. Sonríe maliciosamente y queda pensativa.

***

Las cosas pasan muy de prisa; parece que el tiempo no se detiene en ellas ni incluso para contemplarlas. Lo que ayer nos era indiferente, quiere traernos hoy cierto interés; lo que un día despreciamos, puede, al siguiente, traernos afecto y consideración. Esta es la ley de la vida y difícilmente podrá modificarse. Nada es perdurable ni nada deja de tener su importancia. Así, nuestros amigos que les hemos visto despedirse, fríamente por parte de ella, y de manera original por parte de él, hoy van a reunirse deliberadamente. No se interpone ya la casualidad, como otras veces, sino la meditación y el cálculo.

Vemos primero a Carlos entrar en el restaurante el Refugio y sentarse junto a la apartada mesa de un rincón. El camarero se acerca presuroso y antes de dejarle hablar, Carlos le dice:

—Espero a una señora; no tardará en llegar.

El camarero se retira y nuestro amigo mira alegremente su reloj. Coincide este hecho con la sonoridad de una gran reloj de cu-cú que da la una. Es la hora señalada y Carlos parece muy confiado en su triunfo. Efectivamente, la puerta se abre y Delia hace su entrada, aproximándose a la mesa de Carlos. Este se levanta galantemente y le ofrece el

sitio, al mismo tiempo que dice:

—Estaba seguro de que vendría usted... ¿Qué almorzamos?

—Por ahora nada—contesta Delia sin la menor alegría en su semblante.

Carlos hace un gesto expresivo al camarero, que ya se había acercado, y volviéndose a su invitada pregunta:

—¿Cómo se decidió usted?

—¿No me dijo anoche que le gustaría ayudarme? ¿Que podía contar con usted incondicionalmente?

—En efecto—corrobora Carlos—. ¡Y lo mantengo!... ¿En qué puedo servirla?

—Primero escúcheme. Ha de saber que he venido de América para cobrar una herencia. La fatalidad ha puesto en mi camino un gran inconveniente... Sólo usted puede resolverlo. La herencia de que hablo únicamente podría cobrarla mi marido estampando su firma en un documento que hay que presentar en el Banco Americano... En la travesía mi marido ha muerto de una angina de pecho. Cuando le encontré a usted en el tren creí sufrir una alucinación. Es usted su copia exacta... A cambio del favor que voy a pedirle le ofrezco a usted cincuenta mil francos...

—Pero...—titubea Carlos.

—Me llamo Delia Ocampo, y soy la viuda de Horacio Santamarina.

—Entonces... ¿Horacio Santamarina ha muerto?—pregunta Carlos con gran extrañeza.

—¿Le conocía usted acaso?

—No, no... en absoluto... ¿Por qué?—vuelve a titubear Carlos.

—Lo preguntó usted de una manera...

—Es que... no imaginaba. Es usted tan joven...

—Y usted, ¿cómo se llama?—pregunta Delia interesada.

—Carlos... Aceval—contesta el aludido, después de pensar un momento.

—Pues bien, Aceval, ¿acepta usted?

—Si tanto me parezco a su difunto esposo...

Delia saca de su bolso los pasaportes en donde va la fotografía de su marido y se las muestra a Carlos. Después de examinarlas detenidamente, contesta éste:

—No hay duda, la confusión es posible.

—Mañana debemos presentarnos en el Banco para cobrar la herencia. Es necesaria la presencia y firma de mi marido.

—Me basta con fijarme en los rasgos principales de la firma—dice Carlos, observando el pasaporte—, me saldrá muy bien.

—Veo que es usted muy inteligente...

—Y... usted, ¿no lo es?—responde Carlos.

—Le interesa tanto como a mí —continúa Delia, sin hacer caso a la pregunta de su nuevo amigo—. No lo olvide usted, cincuenta mil francos.

—Esté usted tranquila, el asunto me atrae. Lo acepto.

—Bien; a las doce menos cuarto en el hotel Central. A las doce en el Banco Americano... y a la una hemos terminado.

—No lo olvidaré. A las doce menos cuarto, a las doce... a la una... y cincuenta mil francos.

¿QUIEN ES CARLOS?

SIN duda nos extrañará la visita que en estos momentos recibe el notario señor Avellaneda. No podemos creer que un hombre que aparentemente se nos presenta tan simpático y gana desde el primer momento nuestro afecto, pueda hacer una mala jugada a la confianza que Delia ha puesto en él. En realidad, aun no sabemos a qué se debe la visita, pero todo hace pensar que Carlos no juega limpio con la amistad que ofreció tan desinteresadamente a nuestra amiga. ¿Será este hombre un policía y prepara a Delia una celada para cogerla «in fragantis»? Nuestra curiosidad por saber lo que sucede entre estos dos hombres no nos deja tiempo para hacer más conjeturas, porque ¿quién nos dice que no estemos equivocados?

El despacho del señor Avellaneda ya lo conocemos. En un sillón, Carlos cómodamente sentado hace sus confidencias al notario, que ocupa otro sillón frente a él. El notario está muy interesado en lo que cuenta su interlocutor, hasta el punto de poner cara de asombro y exclamar alarmado:

—¡Cómo!... ¿Es posible?

—Le digo que el señor Santamarina ha fallecido durante su viaje a Europa... y el caso es que los trámites han de llevarse a cabo mañana sin falta.

—¿Está usted loco?—responde el notario, que recoge todo el alcance de esta confesión—. Eso es un absurdo. ¡De ninguna manera!

—Tienen que llevarse a efecto mañana. ¡Escúcheme!!... — continúa, impertérrito Carlos, poniéndole al detalle del plan que tiene concebido y que nosotros no llegamos a percibir.

∴

En el lujoso despacho del director del Banco Americano están todos nuestros personajes. Carlos aparece con un brazo en cabestrillo. El director del Banco está de pie, frente a su mesa, y a su lado el secretario. Cerca de ellos, Delia y el notario están sentados. Se ha dado fin a la lectura protocolaria del testamento, en la parte que se refiere a las doscientas mil libras, y Carlos coge la pluma que le ofrece Avellaneda. Ya va a firmar, cuando el notario le pregunta:

—Y... ¿qué le ha sucedido a usted en el brazo?

—No tiene importancia—responde Carlos—. Un pequeño accidente. Nada, torcedura de muñeca.

—¿Puede usted firmar?—vuelve a decir el notario con un gesto de aparente disgusto.

—¡Oh, sí! Lo haré con la izquierda.

—¿Desea usted hacerlo efectivo? —pregunta el director del Banco.

La violencia de Delia en estos momentos es bien manifiesta. Está jugando una carta trascendental y todo lo confía a la habilidad e inteligencia de Carlos. Por eso no nos extraña nada que no pierda un momento de vista a su cómplice. Delia sabe positivamente que su comportamiento está fuera de la ley y sin embargo parece resuelta a todo. No obstante creemos advertir en ella una preocupación de conciencia y moral más que de temor al castigo que pudieran imponerle caso de ser descubierta la verdad. Son los buenos principios de un alma noble que empiezan a rebelarse ante un hecho ilegal, pero el paso está dado y sólo queda ya lugar al remordimiento. A la pregunta que le hizo a Carlos el director del Banco, aquél responde:

—No... abónelo en la cuenta corriente de... mi esposa en la Central de este Banco en Buenos Aires.

Delia no puede reprimir un gesto de sorpresa por esta contestación inesperada, y nace en ella una corriente de simpatía y afecto hacia Carlos. ¡Ella, que le tenía casi por un aventurero! Le conoció en el tren haciéndose pasar por policía, luego finge un atropello, y más tarde se hace su cómplice en una acción ilegal por la cantidad de cincuenta mil francos. Realmente no había motivos para formarse de él una opinión

mejor; y sin embargo, ahora que tenía la fortuna en sus manos, la cede generosamente a Delia—a su fingida esposa—, renunciando, incluso, a la participación acordada de antemano.

Por otra parte, también en nosotros reina el desconcierto, pues sabemos, además, la entrevista con el notario y la confesión que le hizo sobre la muerte del verdadero esposo de la joven. ¿Qué pretenderá Carlos? He aquí una incógnita que no podremos resolver hasta que la actitud de Carlos no se nos manifieste con mayor claridad. Lo mejor será abstenernos de hacer conjeturas y seguir atentamente el desarrollo de los hechos.

Terminado el asunto del Banco, Delia y Carlos prolongan su entrevista en el mismo restaurante donde se fraguó la combinación, el Refugio.

Delia es la primera en hablar al ver que el camarero se les acerca:

—Para mí nada, una copa de Oporto.

—¿No desea usted almorzar?—interroga Carlos.

—No. He venido aquí tan sólo para finalizar nuestro trato.

—¿Tan sólo para eso?—pregunta Carlos. Y luego, dirigiéndose al camarero, dice—: Tampoco hoy ha habido suerte. Una copa de Oporto.

—Agradezco mucho el servicio que me ha prestado y...—continúa Delia.

—Continúe, continúe. ¿Y qué?

—Que... aquí tiene usted un cheque al portador por el precio estipulado.

—¡Ah, sí! lo convenido... ¿Y qué más?

—Nada más... Embarcaré para América dentro de pocos días... Ya nada me detiene aquí.

—¿Nada?—pregunta Carlos, insinuante.

⁂

Delia ha regresado de nuevo al hotel. Totalmente ajena a la gran emoción que allí le espera, se dirige al mostrador de conserjería a recoger su llave, pero antes de llegar, el notario señor Avellaneda, que la esperaba en el vestíbulo, se adelanta a saludarla.

—Perdón, señora... Le ruego me disculpe, tengo que decirle algo de suma importancia.

—¿Qué es ello?—pregunta Delia un poco azorada.

—Hemos tenido conocimiento de la muerte de su esposo. También hemos sabido que se ha valido de un tercero para cobrar la herencia... ¿Ignoraba usted que esto es un de-

lito que la ley castiga severamente y que está penado con prisión?

—¡Por favor, señor Avellaneda! No siga usted... Debí estar loca... No sé cómo he podido llevar a cabo—contesta Delia, completamente abrumada por la noticia. No ya por la noticia en sí, sino porque ahora comprende toda la enorme importancia de su acción—. Trate usted de comprender — continúa disculpándose—. No sabe lo que he sufrido. Tener que soportar el despotismo de un hombre, su crueldad... Por sus deudas me vi privada de todo cuanto me pertenecía. ¡No soy una aventurera! ¿Cómo podría deshacer lo hecho? ¡Ayúdeme!

—Tranquilícese, señora... Evitemos que el nombre de Santamarina se vea mezclado en este desgraciado asunto. Marche a América... Yo me encargaré de lo demás.

∴

El tiempo ha vuelto a pasar de prisa. Ahora vemos a nuestra amiga, con expresión triste, subir por la pasarela del transatlántico que la ha de llevar en viaje de regreso.

Ya en el camarote, Delia se entretiene en ordenar su equipaje. Oímos la sirena del barco anunciar su salida, y también el inconfundible ruido de las hélices. El gran buque se pone en movimiento y la travesía comienza.

Es la hora del almuerzo y el restaurante se ve nutrido por un núcleo compacto de elegantes viajeros. Delia se acerca al maître y le dice:

—Deseo una mesa individual, junto a la ventana. Señora de Santamarina, cubierta D, camarote 232.

—¡Ah, sí! La señora Santamarina. Por aquí, señora; el señor la espera.

Delia, que no esperaba este nuevo encuentro, mira sorprendida en la dirección que le indica el maître. Distingue a Carlos, que tranquilamente la está esperando, haciéndose pasar por el esposo de Delia.

—¿Qué significa esto? ¿Qué hace usted aquí?—pregunta Delia extrañada.

—¿No lo adivina usted? Realmente no puede ser más sencillo.

Con evidente mal humor pero resignada ante lo inevitable, Delia se sienta en el sitio que le ofrece Carlos. Este continúa:

—Un buen marido no debe nunca abandonar a su esposa. No hago más que cumplir con mi deber.

—Convendrá usted que la broma no es precisamente del mejor gusto... Ha ido demasiado lejos.

—No pretendo más que llegar a América... Pero perdone que la con-

tradiga; por mi parte la considero del mejor gusto imaginable.

—Es usted demasiado impertinente.

—Cuidado, señora, cuidado. Estamos en el centro del comedor y somos el punto de mira de todos los comensales — advierte irónicamente Carlos—. Inconvenientes de ser la mujer más interesante que viaja en el «Ciudad del Plata». Además, una mujer de tan buen gusto no tendrá interés de dar motivos de comentarios.

—¿Con qué derecho ha dicho al maître que era mi marido?

—Es una pena que riñamos después de todo lo que hemos pasado —interrumpe Carlos, sin hacer caso a la pregunta de Delia.

—Le he escuchado pacientemente, y a su vez va usted a oír lo que tengo que decirle. Si me ha seguido usted por mi dinero, se equivoca. He renunciado a la herencia... Y le ruego que en los días sucesivos no intente usted volver a acercarse.

—Crea que lo siento. Siendo casi su marido pensé que esta larga travesía podría ser para usted más distraída si procurábamos darle... algún aliciente divertido, si hacíamos creer que...

Delia le lanza una mirada furiosa que, en el fondo, tiene algún destello de comprensión.

—Con los cincuenta mil francos he comprado el pasaje... Inventé esta broma que lamento no sea de su agrado; pero desgraciadamente estamos en una situación... difícil de solucionar a estas alturas...

—¿Qué quiere usted decir?...— pregunta Delia sin llegar a comprender el alcance de estas palabras.

—Resulta —aclara Carlos— que, no sólo el maître, sino también, al del bar e incluso al capitán, he dicho que era su marido... ¿No sabe usted si habrá a bordo otra señora Santamarina que no tenga inconveniente en pasar por mi mujer?

—¿Quiere decir que he de soportar esta situación absurda durante toda la travesía?

—¿Y... qué solución encuentra usted?

Tan interesante diálogo es interrumpido por la aparición de nuevos personajes. Se trata de unos viejos amigos de Delia y su marido —el auténtico, naturalmente— que al verla se acercan a saludarla con alegría. La señora es ese tipo insustancial que todo lo habla y que a todo finge darle importancia. Siempre lleva el peso de la conversación, sin dejar que los demás metan baza. Sus características principales son la exageración y la ficción de las cosas. Acompañada de su marido —ti-

po de esos hombres mártires del matrimonio— llega hasta donde Carlos y Delia están sentados. La señora Olmos, que éste es el apellido de su marido, exclama:

—¡Queridos amigos!...

Aquí comprendemos una vez más que el parecido de Carlos con Horacio, el difunto esposo de Delia, es asombroso, pues ni estos amigos notan la suplantación. La señora continúa en sus exageradas manifestaciones de alegría:

—¡Qué sorpresa tan agradable!

—¿Qué tal desde Cannes?—pregunta el señor Olmos.

Antes de contestar, Delia mira a Carlos con desesperación, como pidiéndole que sepa llevar adelante su sometido de esposo; pero Carlos no necesita recomendaciones de esta índole, pues su gran desenvoltura de hombre de mundo le hace salir airoso de todas las cosas difíciles. Con la mayor naturalidad responde:

—¿Qué tal, cómo están ustedes?

—¡Qué alegría haberles encontrado!...—continúa la señora Olmos—. Le decía a Hugo hace un instante que no podría soportar el viaje. ¡Qué alegría charlar con usted, querida Delia!

—Pasaremos al salón, ¿verdad? —propone el señor Olmos.

—Encantado—acepta Carlos.

—¡Cuánto lo siento!—interrumpe Delia—. Pero tengo una jaqueca fortísima...

—¡Pero, Delia! ¡Con la cantidad de aspirina que hay a bordo!—le increpa Carlos humorísticamente, como dando a entender que no teme la entrevista.

—¡Pobre Delia!! Dejémosla descansar... Mañana nos veremos en cubierta. A mí me encantan los juegos... Jugaremos, ¿verdad?

¿EMPIEZA AQUI EL AMOR?

AL día siguiente, de sol espléndido, los pasajeros pasean por cubierta... Unos charlan otros leen, otros reposan en las hamacas... Todo da la sensación de movimiento y bienestar. Tras un grupo, vemos avanzar a Delia, y casualmente se encuentra con la señora Olmos. Esta se le cuelga del brazo y juntas continúan el paseo.

—¿Pasó la jaqueca? ¿Se ha dormido bien? ¡Lástima que no se quedara anoche con nosotros! Pasamos una velada deliciosa. No puede imaginarse, querida, cómo estuvo de brillante su marido. Hugo y yo le hemos encontrado cambiadísimo... ¡Qué animado! ¡Qué hablador!

—Sí; la estancia en Europa le ha sentado muy bien... Necesitaba distraerse, descansar ...— corrobora Delia, disimulando admirablemente.

—Anoche estaba magnífico. Todas las pasajeras se lo disputaban... Claro que no tiene usted nada que temer, querida; Horacio la adora... Ni la patinadora vienesa, esa mujer tan extravagante, logró llamarle la atención, a pesar de sus cucamonas.

La señora Olmos acepta una taza de consomé y unas galletas que le ofrece un camarero. Delia se abstiene alegando no tener ganas. La señora Olmos continúa impertérrita su charla:

—Es que realmente Horacio baila que es un primor. Y pensar que el año pasado en Mahuel Huapi no sabía mover los pies... No hay duda que las academias de baile son un adelanto...

El diálogo, mejor dicho, el monólogo de la señora Olmos es interrumpido por la presencia de una pasajera que pregunta:

—Vamos. ¿Viene usted a jugar nuestra partida, señora Olmos?

—Perdón, querida — contestá la señora Olmos, dirigiéndose a Delia— Tengo que quemar grasas y el tenis es ideal para ello... ¡Hay que conservar la línea!

Delia, con una expresión inequívoca, no puede disimular la alegría que le produce quedar sola y verse libre de la molesta charla de tan parlanchina señora. Lentamente se encamina hacia otro lugar de cubierta y respira satisfecha. Mas su soledad va a durar poco. No bien se ha recostado en la baranda del barco, distingue a Carlos, que se le aproxima alegremente, saludando con amabilidad a unos y otros pasajeros. Llega junto a Delia y cogiéndola del brazo se sientan en dos hamacas que hay vacías cerca de allí.

—¿Qué? ¿Se han agotado las aspirinas?

—Está usted jugando con fuego. Horacio era un hombre retraído, serio, poco comunicativo—explica la joven.

—¿Qué quiere usted decir?

—Me ha dicho la señora Olmos que ha encontrado muy cambiado a mi marido, más animado, más hablador... No, no se ría usted... Este viaje se me está haciendo insoportable. Además, no quiero que me acompañe a todas partes. Mi marido no lo hacía jamás, y la verdad, no tengo el menor deseo de pasar los días encerrada en mi camarote por culpa de usted.

—Es usted demasiado interesante para dejarla sola mucho tiempo —le interrumpe Carlos, verdaderamente admirado de la belleza de Delia.

—Eso tampoco lo hubiera dicho mi marido.

—¿Es posible? Me gustaría que me contase usted algo más sobre su marido... de su vida... de su carácter...

—Piense en un hombre completamente distinto a usted y habrá acertado, habrá dado con la psicología de Horacio.

∴

Mientras tanto, en la casa de Delia, en América, todo es actividad. El administrador Gómez-Lara ha reunido a toda la servidumbre y les lee en voz alta el telegrama que se ha recibido.

«Llegaremos a ésa, próximo jueves, a bordo «Ciudad del Plata» — Santamarina.»

Parece que el desaliento es gene-

ral. Por Delia, todos están encantados; tener de nuevo al señor, a Horacio, con su genio y mal humor, con sus groserías y malos tratos, les crispa los nervios. Hubieran deseado... ¡qué sabemos! Por eso es por lo que Sara replica desalentada:

—¿El jueves?... ¿Tan pronto?

—Sí, sí; no hay tiempo que perder—advierte el administrador.

—Es verdad—reconoce Sara—. Usted, Damián, ha de tener todo listo para cuando llegue el señor: las escopetas, las mochilas... ¡Y que no falten los cartuchos!

—Hoy volvieron a telefonear de Coto Viejo—informa un criado—. La señorita Olga insiste en saber noticias.

—Está bien, está bien...—responde Sara—. Tú, María, que esté reluciente la plata del tocador de la señora... y la jaula de los canarios.

—Ya ha puesto usted la casa en revolución—dice irónicamente el administrador.

—¡Tan pronto ya, Dios mío! ¡El jueves!—da por toda contestación Sara.

∴

Volvamos al transatlántico. Por el mapa que hay en el puente de mando sabemos que ya está próximo el final del viaje. Pronto se dará vista a Buenos Aires y la travesía habrá terminado. Apoyada en la borda, Delia contempla la silueta de la costa, ya visible en la lejanía. Carlos se aproxima a su fingida esposa y la coge por los hombros haciéndola volverse. Frente a frente, le pregunta:

—¿Contenta?

—Mucho...—contesta Delia.

—No lo ha dicho usted muy convencida... Lástima que este viaje no hubiera sido eterno... Me hubiera gustado dar la vuelta al mundo y luego volver a empezar...

—Aun está usted a tiempo...

—¿Serías capaz de acompañarme?—pregunta Carlos visiblemente emocionado y tuteando ya a Delia.

—Yo tengo mi casa... mi vida...

—¡Tu vida! ¿Crees que para una mujer joven, llena de ambiciones, la vida puede estar entre las cuatro paredes de una vieja estancia y estar rodeada de servidores respetuosos pero incómodos?

—¡Qué sabe usted!

—Sólo sé una cosa: que no puedo dejarte marchar...

—Por favor, cállese... esos son disparates.

—No, no lo son. ¿Qué harás tú rodeada de recuerdos amargos y deseando vivir como tú lo deseas y como tú podrías... hacerlo?

—¿Por qué quiere usted destruir

mi firmeza?—ataja Delia, a quien no parece desagradarle la vehemencia de Carlos.

—Tu firmeza está en mi cariño; en él debes confiar...

—¡Oh, por favor!—se defiende la joven, casi convencida por el amor de Carlos.

No sabemos en qué hubiera acabado este interesante diálogo si la señora Olmos no hubiera venido a interrumpir nuevamente para decir cosas baíales como ésta que nada nos interesa:

—Estoy emocionadísima... ¡Volver a ver a mi «Ermenilinda»!

—No te impacientes, mujer—le dice su marido, que ha venido acompañándola—, tendremos que descubrir antes a Darío, que la llevará en brazos.

—¿Se trata de su hija?—pregunta Carlos, un poco extrañado por las palabras del señor Olmos.

—¡No, por Dios, mi perrita!... —contesta la señora.

Delia disimula una sonrisa ante la confusión de Carlos, y dice:

—Con permiso de ustedes voy a terminar de cerrar mi equipaje.

—Yo también te acompaño—advierte Carlos, deseando estar a solas con Delia.

El barco está atracando en el muelle, y los pasajeros, agrupados en cubierta, se asoman por la borda con afán de descubrir a los familiares que esperan su llegada. Empiezan a agitarse los pañuelos, en señal inequívoca de alegría y saludo. Delia y Carlos, apoyados en la borda, miran impacientes hacia el muelle. De pronto, Delia exclama, extrañada al ver entre el público que espera la llegada del barco, a su administrador señor Gómez-Lara. Decimos extrañada porque ella era ajena totalmente al telegrama que Carlos les puso anunciándoles su llegada. Está claro que Carlos quiere embrollar la cosa hasta el punto de que no pueda ser factible la separación con Delia una vez arribados al puerto de Buenos Aires.

—¡Dios mío!—se sorprende Delia—. ¿Quién avisó a mi administrador y al mayordomo?

—¿Dónde? — pregunta ingenuamente Carlos—. ¿Dónde dice usted?

—Escúcheme, Carlos, es el último favor que le pido—interrumpe Delia—. Mi administrador y mi mayordomo subirán a bordo dentro de un instante. Escóndase usted en su camarote hasta que me haya ido... No puede negarme este favor.

—¿Cómo va usted a librarse del matrimonio Olmos?—pregunta Carlos, en su afán de poner obstáculos para que no se realice la separación.

—Eso corre de mi cuenta—añadió Delia, cada vez más apurada—. De eso no se preocupe.

—¿Y si le preguntasen por mí delante de esas personas?—insistió Carlos, que tenía el propósito de no separarse de Delia.

—Procuraré que no me hablen—contestó Delia desesperada no sólo por tanta pregunta, sino por la situación comprometida en que se encontraba.

—Está bien—acabó Carlos, resignado—. Por mí no tiene usted que apurarse ni temer nada.

Y desprendiéndose de su brazo, la saludó con una inclinación y se alejó por entre los grupos que empezaban a llenar la cubierta.

Delia le vió marchar, detenida junto a la borda, sin haberse dado cuenta de que el barco acababa de atracar. Se volvió para lanzar otra mirada al muelle, con resultado infructuoso, pues no vió a las personas que buscaba y que, al mismo tiempo, tanto temía encontrar.

Dos o tres veces se sintió empujada de un lado para otro por las personas que presurosamente cruzaban de aquí para allá, en ese movimiento nervioso del que desea desprenderse de un largo viaje.

LA LLEGADA

YA se han lanzado las amarras y los marineros tienden las pasarelas para que puedan poner pie en tierra los pasajeros. El viaje ha terminado definitivamente, y aun no sabemos cómo se solucionará el problema que Carlos y Delia tienen planteado.

Delia se ha separado de su amigo y, confundida entre la gente, mira nerviosa hacia uno y otro lado, para ver de descubrir a su administrador. Disimuladamente, Carlos va siguiéndola a distancia, dispuesto a intervenir en el momento oportuno. Está verdaderamente enamorado de Delia y no quiere dejar escapar la magnífica ocasión que le brinda la complicada situación —agradable para él— en que está metido. El administrador ha descubierto por fin a su señora y adelantándose a ella le saluda alborozado:

—Bien venida, señora. ¡Cuánto celebramos su regreso!

—Pero... ¿cómo se enteraron ustedes?

—Recibimos a tiempo el telegrama del señor.

—¿El telegrama?—pregunta Delia con extrañeza por ignorar, como ya hemos dicho, la existencia del telegrama que envió Carlos.

Este cree que ha llegado el momento de intervenir y se acerca al grupo. Delia casi lo desea en vista de que ya es inevitable el encuentro con sus servidores. ¡Ojalá lo confundan también con su verdadero

esposo y no se descubra la supercheria! Después ya encontrará ella algún medio, no sospechoso, para alejarle de su casa. El administrador se apresura a saludar a Carlos, que, en efecto, lo confunde con Horacio, y le pregunta solícito:

—Sea usted bien venido de nuevo entre nosotros, señor... ¿Y viene contento el señor?

—Sí, sí, contentísimo—responde el aludido con la mejor de sus sonrisas.

Desde luego, aun sabiendo el carácter agrio del difunto Horacio, no quiere parecérselo. Quizá encontrará la excusa de decir que Europa le ha sentado tan maravillosamente que hasta el carácter ha cambiado. A nadie extrañará este hecho, máxime cuando reportará beneficios para todos. Mientras tanto, han llegado ya al coche que les espera para conducirlos a casa. Delia está violentísima por si se descubre todo. Aun le queda pasar la prueba más dura, que es la de Sara, su ama de llaves, que les ha visto nacer y a quien no puede engañársele fácilmente.

El auto de los Santamarina aguardaba a los señores en el muelle, y el chofer, respetuoso y estirado, saludó a los señores gorra en mano, al tiempo que abría la portezuela.

El equipaje de mano era tan numeroso y había tal profusión de paquetes, debido a las compras de última hora hechas por Delia, que el instalarse en aquel reducido espacio no fué, ciertamente, cosa fácil.

El mayordomo se sentó junto al chofer, poniendo sobre sus rodillas tres sombrereras y dos paquetes. Delia y Carlos se sentaron separados por una maleta y soportando encima de ellos las mantas de viaje, y el administrador, en una de las banquetas, estaba totalmente emparedado por maletas y cajas.

El coche se puso en marcha y un silencio difícil reinó entre los ocupantes. El chalet de los Santamarina se hallaba en las afueras, y para llegar a él se hacía necesaria una media hora.

Delia sentía que su cabeza iba a estallar de un momento a otro, y no pensaba más que en la vieja y fiel Sara, y en el momento terrible de comparecer ante su presencia...

Menos mal que entre Sara y ella hay un verdadero afecto y ninguna violencia le ha de costar, por tanto, confesarle la verdad. Ya en el coche, el administrador dice a Carlos:

—Recibí un aviso del Banco Americano, sobre el traslado de la herencia a la cuenta de la señora.

—¡Ah, sí! Efectivamente—contesta Carlos sin dar importancia al asunto—. Avellaneda no se ha descuidado y el tío Pascual se portó muy bien.

La naturalidad de Carlos es asombrosa y tiene la virtud de tranquilizar un poco el evidente y lógico nerviosismo de Delia, que no le quita los ojos de encima. Pero por si acaso, dice alguna inconveniencia que lo echa todo a rodar, interviene para decir:

—No te esfuerces, querido... Gómez-Lara se hace cargo... Me dijiste que te dolía mucho la cabeza...

—¿La cabeza?—pregunta Carlos, extrañado. Y de pronto, dándose cuenta de lo que Delia quiere decir, continúa—: Ah, sí; me duele mucho... Sólo que...

—No faltaba más—interrumpe el administrador—. Por mí no tiene necesidad de violentarse el señor. Sara les espera con impaciencia.

—¿Sara? — pregunta Carlos—. ¡Mi querida Sara!

El administrador mira a Carlos y a Delia sin explicarse el cambio que ha dado su señor. Antes, tan huraño, tan callado, tan brusco, sin la más mínima consideración para sus servidores, y ahora diciendo «¡Mi querida Sara!» con alegría. No encuentra otra salida que decir:

—Ejem... El señor está de buen humor.

El coche arranca y Carlos se ha quedado un poco confuso. Durante el trayecto no dicen palabra y sólo se cruzan miradas de reproche ante Delia y Carlos.

Las puertas del amplio jardín de la casa de Delia se abren ante la presencia del coche que, en un momento, llega hasta la entrada principal de la casa. Allí les espera toda la servidumbre, en correcta formación, y saludan reverenciosamente a sus señores. Sara entrega a Delia un ramo de preciosas flores que ésta acepta contentísima. Los criados se hacen cargo del equipaje. Una vez en el interior de la casa, Delia coge de la mano a su ama de llaves y se lanza escaleras arriba, al mismo tiempo que dice:

—¡Querida Sara! ¡Cuánto tenemos que hablar!

—¿Algún nuevo disgusto?—pregunta ésta, alarmada.

—No, no es eso; algo peor... Ya hablaremos despacio.

En el vestíbulo, Carlos se dirige a Sara que ya sube la escalera:

—Y a mí, ¿no me das un abrazo?

Sara se vuelve y le mira fijamente, como si se tratara de una alucinación. Parece que sospecha

algo de la verdad, pero, naturalmente, no se atreve a decir una palabra. Por eso, un poco desconcertada, dice:

—¡Bienvenido, señor!

Delia ha bajado también y cogiendo a Carlos del brazo con aparente cariño le dice:

—Vamos, Horacio—y lo lleva hacia la biblioteca.

Sara no le pierde de vista y queda perpleja ante un hecho tan insólito.

Ya en la biblioteca y cerrada la puerta para que nadie pueda escuchar la conversación, Delia dice a Carlos:

—Es necesario que se marche usted de esta casa inmediatamente... Ahora mismo.

—Pero... ¿será posible? ¡Qué lástima, con lo que a mí me gusta leer! —contesta Carlos irónicamente, echando una ojeada por las estanterías repletas de libros.

—Tanto peor—ataja Delia encontrando en esta misma confesión un argumento más para que se marche—. A Horacio no le gustaba leer nada. Ahora mismo comunicará usted a Gómez-Lara que tiene que ausentarse esta noche. Que se entere toda la servidumbre. Usted se marcha cerca o lejos... ¿Donde usted quiera? Es igual. Ah, puede decir, por ejemplo, que le han invitado unos amigos a cazar en Coto-Viejo... Eso es, sí.

—¿En Coto Viejo? — pregunta Carlos, desalentado por la decisión de Delia—. ¿No me aburriré mucho?

—No se trata ahora de diversiones.

—Al menos me dará usted de cenar—implora Carlos, deseando prolongar más la compañía de Delia.

—Hay que evitar esta situación desagradable.

—¿Está usted segura de que es «desagradable»?—pregunta Carlos, con un poquito de intención recalcando la última palabra.

Delia permaneció inmóvil, desconcertada por las palabras de Carlos, y preguntándose a sí misma si aquel hombre no tendría razón. Sin embargo, sacudió la cabeza, como para ahuyentar aquel pensamiento, y fué a sentarse frente a la chimenea ,donde ardían unos leños.

Sabía que Sara, pendiente siempre de todo, se encargaría de su equipaje, y de poner orden en sus cosas. Ella necesitaba descansar, meditar sobre todo lo pasado, decidir cuál había de ser su vida de ahora en adelante... Esta meditación fué

interrumpida por el ruido de la puerta al abrirse y por la presencia de tres personas que entraron.

Tanto Delia como Carlos estaban que no podían con sus nervios, tal era la tensión que sostenían.

Era arriesgado en extremo tal superchería y por ello Delia no podía continuar por más tiempo aquel equívoco, que al menor descuido podía dar al traste con el secreto que guardaban.

DONDE EMPIEZA A ACLARARSE LA SITUACION

EL administrador, el mayordomo y Sara entran en la biblioteca. Al verlos, Carlos se dirige a Gómez-Lara:

—Mi querido Gómez-Lara, tengo que marcharme esta noche. Me han invitado... unos amigos... a cazar. ¡Qué aburrimiento! Tú, Pedro, harás el favor de decir que me preparen todo: las escopetas, la mochila. ¿Tendrías por casualidad una cerilla? No sé dónde dejé las mías—agrega, dirigiéndose a Sara mientras se busca inútilmente por los bolsillos.

Todos están asombrados de la exquisita amabilidad del señor. ¡Qué cambio tan extraordinario!, se dirán. Sara, que sigue mirando con fijeza y extrañeza a Carlos, le ofrece el mechero que siempre ha estado sobre la mesa:

—Aquí lo tiene el señor.

—¿Han subido mi equipaje?—pregunta Carlos para disimular.

—Ya lo hicieron, señor—contesta Sara—. Debe tenerlo en su habitación.

—De todos modos, preocúpate tú... ¡Anda!—agrega Carlos, que lo que desea es quedarse a solas con Delia. Pero no consigue su propósito, porque nada más salir el ama de llaves, entra un criado diciendo:

—Señor... le llaman por teléfono. Es de... Coto Viejo.— El criado casi no se atreve a decir el nombre de la finca estando delante la se-

fiora, porque allí vive la amiga del señor, es decir, de Horacio.

—¿De Coto Viejo? — pregunta Carlos extrañado, pero a una seña de Delia continúa—: Ah, sí; mis amigos... la cacería.

Un poco desconcertado porque no conoce la distribución de la casa y no quiere incurrir en error delante de los criados, Carlos mira disimuladamente a todos sitios, mas no viendo allí el teléfono pregunta:

—¿El teléfono sigue en el mismo sitio?

—Le puse la comunicación en el despacho, señor—contesta el criado.

Carlos se dirige hacia donde le indican y al pasar lo hace una caricia en la barbilla a Delia, en la seguridad que delante del criado no le va a llamar la atención. Es una broma propia de la situación ventajosa que ocupa. Carlos es un hombre correcto, un perfecto caballero y no se hubiese permitido bromas de mayor envergadura. Ahora va a enfrentarse, por teléfono, con la amiga o amante de Horacio. Carlos lo sabe y se dispone a darle su merecido. Coge el teléfono y pregunta indiferente:

—¿Con quién hablo?

Al otro lado del teléfono vemos a Olga, tan bella como siempre y un poco más acentuado el gesto de vampiresa. Ni refleja disgusto ni emoción, simplemente una leve sonrisa de ironía.

—¿Y quién puede llamarte desde Coto Viejo? ¡Con que ya estás de vuelta! ¡Vaya!... Ha sido una sorpresa. Ni una carta, ni un telegrama... Realmente, Horacio, me descubres con tu actitud un hombre que no conocía.

—No lo sabes tú muy bien... —contesta Carlos sarcásticamente—. ¿Qué dices?

—Bueno, tus motivos habrás tenido para no avisarme—interrumpe Olga con voz más suave—. Lo principal es que ya estás aquí. Y... dime, ¿has cobrado la herencia?... ¿Que la ha cobrado ella?... ¡Estás loco! ¿Qué absurdo es ese que cuentas?... Te desconozco, Horacio. En fin, como vienes a Coto Viejo te espero donde siempre, ya sabes.

Ahora el extrañado es Carlos. Naturalmente, no sabe dónde se veían ordinariamente Horacio y Olga y piensa brevemente una pregunta que le saque de dudas. Por eso dice:

—¿Donde siempre?... Y... ¿dónde fué la última vez?... ¡Ah, sí! Verás... la verdad es que... tal vez no vaya a Coto Viejo. No me encuentro bien.

—Cualquiera diría que no quieres verme—replica Olga, molesta—. ¿Te cuesta mucho separarte de tu mujer? ¿Acaso te has enamorado de ella durante el viaje?

—¡Lo has adivinado! —contesta llanamente Carlos, viendo en ello una excusa hábil que le justifique. Y dicho esto, cuelga el teléfono, librándose así de la charla con Olga. Mas poco a poco va cambiando su fisonomía. Queda pensativo un momento y una sonrisa se dibuja en sus labios. Con paso firme y decidido sale del despacho.

Delia, que ha escuchado la conversación a través de la puerta, se retira rápidamente al ver que Carlos va a salir. Carlos se dirige hacia ella y con gran serenidad le dice:

—Delia... le ruego que me perdone. En un instante he visto la situación con gran claridad. Efectivamente, voy a obedecerle. Ahora mismo me marcho.

Delia se queda indecisa, sin saber qué hacer ni cómo interpretar las palabras de Carlos. Realmente no sabe lo que le ha querido decir y le mira extrañada. Carlos coge el sombrero y va a salir hacia el jardín, cuando Sara le interrumpe:

—¿Dónde vas? ¿Qué pasa?

—Nada... Me marcho en el primer tren. Delia te explicará—contesta Carlos apartándola suavemente después de haberla abrazado con cariño.

Cuando ha salido, Sara se dirige a la biblioteca en busca de Delia. Desde la misma puerta le dice:

—¿Por qué se va Carlitos?

—¿Carlitos?... Y ¿por qué Carlitos?—pregunta a Delia, extrañada de que Sara sepa el auténtico nombre de Carlos—. Sara, ¿ves?... Tenía necesidad de hablar contigo.

—Imagino lo que vas a decirme.

—¿Sabes algo acaso?

—¿Has leído el contenido del sobre que te dejé al marcharte?

—¿El sobre?... Lo perdí, Sara. Pero no se trata ahora del sobre. Es algo más grave. Horacio falleció a bordo del «Río Janeiro».

—Perdóname, Delia. Hace tiempo que debí confesártelo. En aquel sobre se aclaraba toda la verdad. Has de saber que el día en que vino al mundo tu marido, vió la luz otro pequeño niño que no corrió la suerte de su hermano.

A Delia ya le daba vueltas la cabeza, pues no podía comprender cómo Sara estaba tan bien informada del nombre de Carlos, incluso del diminutivo con que le llamó: ¡Carlitos!

Aquello era más que sobrenatural.

¿Cómo podía haberlo sospechado Sara?

¿Y por qué a ella no se le había comunicado nada de aquel asunto?

Esto era lo que más le intrigaba.

¿Descubriría por fin el velo que encubría aquel misterio?...

Sara, mientras, la miraba con un aire de simpatía y verdadero cariño.

Pronto sabremos la verdad.

CARLOS, HERMANO GEMELO DE HORACIO

CON un esfuerzo imaginativo retrocedamos treinta años atrás, es decir, al principio de esta narración, y así nos daremos cuenta exacta de la verdadera personalidad de Carlos. Ante nuestros ojos, pues, sólo una imagen retrospectiva de todo cuanto acaeció entonces. Ningún personaje habla, únicamente la voz de Sara va a ir explicándonos los hechos conforme vayan desarrollándose ante nosotros. Al principio de nuestro relato nos quedamos sin saber un punto interesante que, al surgir en este momento, nos explica con claridad el misterio que envolvía a dos seres humanos, Carlos y Horacio, motivado por la crueldad de un hombre, Pablo, que llegó a desconfiar injustamente de su esposa. Recordamos perfectamente que la escena interrumpida era aquella donde la sombra de Pablo se reflejaba en la pared, inclinándose sobre la cama de un recién nacido, al que levantaba en brazos bruscamente con ademán desesperado y salvaje. Pues bien, de nuevo ante nosotros esa sombra fatídica de Pablo y el niño. Su intención no debía de ser muy buena, porque de pronto vemos proyectarse la sombra de Sara, que arrebata enérgicamente a la criatura de manos de Pablo. Pero ahora lo sabemos todo con más certeza, ya que la voz de Sara, que explica lo ocurrido, dice así:

—Pablo quiso llevar a cabo lo que sin duda cruzó por su imaginación trastornada. Pero yo pude impedirlo. Sin embargo, tuve que cumplir lo dispuesto por Pablo. Tu suegro nunca quiso admitir que los niños fuesen de su sangre y los alejó de su lado.

La imagen retrospectiva la vemos ahora reflejada sobre un campo atravesado por una carretera. Es un día obscuro, lluvioso, en consonancia con el ambiente de tragedia que envuelve a nuestros personajes. Estos avanzan por la carretera, en el interior de un coche tirado por caballos que caminan al trote largo. Vemos a Sara, sentada en el fondo del coche, que tiene en los brazos a los dos recién nacidos. Nadie más viaja con ellos. Sara, como nos ha dicho en el relato anterior, tenía que cumplir lo mandado por Pablo, y nuevamente oímos su voz, sobre la impresión de la imagen, que explica:

—Y yo fui encargada de entregarlos a unos viejos criados... Así Pablo creía que nadie conocería su existencia.

El coche se detiene junto a una empalizada. Sara desciende con los dos niños y se los entrega a unos campesinos que han salido a su encuentro.

—Aquella separación costó la vida a la pobre Emma—continúa oyéndose la voz explicativa de Sara.

∴

Han pasado varios años. Los pequeños corretean y juegan alrededor de la casa de campo. Sara llega en un coche y uno de los niños corre alborozado a su encuentro y le echa los brazos al cuello. La colma de besos y caricias. El otro niño apenas si la saluda.

—Para los niños la vida transcurría feliz, hasta que un día se enteraron de su verdadera personalidad.

A la mañana siguiente encontré una carta en la que Carlos hacía saber a sus protectores...

Ha cesado la visión retrospectiva. Todo lo que sucede ya ante nosotros deja de ser un recuerdo. Nos encontramos, pues, nuevamente en la biblioteca de Delia. Allí, igual que las dejamos. Delia escucha con el mayor interés el relato que le hace Sara de su marido Horacio y de su cuñado Carlos. Sara continúa hablando:

—Carlos decía en la carta que no queriendo ser una carga para quien no le había considerado como hijo, se marchaba para siempre. Pablo, al sentirse viejo y enfermo se acordó

de sus hijos y mandó a buscarlos. Pero sólo recuperó a uno de ellos. Carlos se había marchado para siempre. Yo nunca perdí el contacto con él, y al tener noticias de la herencia, se lo comuniqué inmediatamente, para que no perdiera su legítima... Lo demás ya lo sabes tú...

Delia, visiblemente emocionada por lo que acaba de oír, se pone en pie rápidamente y con un tono amable de reproche censura a Sara:

—¿Por qué no me lo dijiste, Sara?... ¡Se habrían evitado tantas cosas!

—Horacio tenía el deber de comunicártelo. Yo no lo hice antes, en espera de ello, hasta que tu viaje me decidió.

—¡Sara! ¡Sara!... Y ahora... ¿qué hacer?

Nada más dichas estas palabras, Delia reflexiona rápidamente y sale decidida de la biblioteca.

⁂

En su coche, Delia se dirige a toda velocidad hacia la estación. En el andén hay un movimiento grande de viajeros que no prestan atención más que a sus asuntos. Delia, entre ellos, consigue abrirse paso y llegar al tren que está a punto de arrancar.

Carlos, asomado a una de las ventanillas, mira despreocupado a uno y otro lado. De pronto se fija en un lugar concreto y cambia su expresión. Delia también le ha visto y queda parada. El tren arranca y Carlos se retira presuroso de la ventanilla. La marcha del tren se va haciendo cada vez mayor y Delia le ve alejarse con gesto de infinita tristeza. Un poco más de decisión, y haría en este momento el viaje junto a la persona que ama. Pero una agradable sorpresa, la mayor que haya podido recibir en su vida, le aguarda a sus espaldas. Carlos, que bajó del tren sin que Delia lo advirtiera, se le acerca por detrás y cogiéndole por los hombros repite aquellas mismas palabras que por vez primera le dirigiera en un tren de Europa:

—¿Documentación, por favor?...

Delia se vuelve gozosa y sin más palabras se echa en los brazos de Carlos, único hombre a quien ha amado en su vida.

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Héctor Fiaramosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Nagi
Melodía rara	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
María Elena	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vara	Clive Brook
Quinteto de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühmann

SERIE ALFA
2'50 pts.

Sabú, Tooma y de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Barshon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones juez Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Morral cuestión	Ann Harding
Una chica insuperable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
El signo de la Cruz	Fredric March
El asesino invisible	Walter Abel
Los dos pillotes	Jacques Tavoll
Pygmalion	Leslie Howard
María Estuardo	Kath. Hepburn
Cuidado con lo que hacen	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El pequeño lord	Fred. Bartholome
Tarzán de las fieras	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney
Lo prefiero millonario	Gene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Jugo
El hombre del Niger	Víctor Francen
Extraños en luna de miel	Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio	Mickey Rooney
Fruto dorado	Clark Gable
El secreto del marqués	Armando Falconi
Irene	Ana Neagle
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	Fr. Bartholomew

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL
2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
La reina mora	María Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
¡Me quiere! ¡No quiere!	José Baviera
Eran tres hermanas	Luisita Gorgalle
Bohemios	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligero
Mazingala	Nino Marchena
Rásteme usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mujer fatal	R. de Santmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Tal-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un lío?	Maruja Tomás
Alas de paz	Lola de Vulcia

SERIE ALFA
2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sabor lacado	L. Cargallo
La Dolorosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Santmenat
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Moncayo (Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un niño	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Melodía de arrabal	I. Argentina C. Gardel
Misterio en la Marisma	Tony D'Algy
Rosas de otoño	M. F. L. Guevara
La pateta chica	Estrellita Castro
La chica del gato	Josita Hernán
Un enredo de familia	Mercedes Vecino
La culpa del otro	Luis Prendes
Fin de curso	Lochy Soto
Mi conmigo y yo	Josita Hernán

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazzari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flor de espino	Gracia de Triana
Tú llegarás	Roberto Rey
Buenas noches	M. Luisa Cerone
Otoño	Roberto Rey

Pedidos a **EDITORIAL «ALAS», - Apartado 707. - BARCELONA**

CANCIONERO

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOPRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
BOBBY MOR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFLES»
NIÑA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aires)
JUANITO VALDERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NIÑO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN
LOLA FLORES
CARLOS GARDEL (Creaciones)
VIANOR
PEPE BALLESTEROS
MIRCO
NIÑO DE MARCHENA
RAMPLA
NIÑO DE UTRERA
PILARIN ARCOS
NIÑA DE LOS PEINES
CURRO CARMONA
GUERRITA
TRIO HUAPANGO
COJO DE HUELVA
MARIA FLORES
MANOLO «EL GAFAS»
JOSE SEGARRA
PEPE BLANCO
CARMELA MONTES
TOMAS DE ANTEQUERA
HUGO DEL CARRIL
GRACIA DE TRIANA
NIÑO DE AMADEN
ROSARIO LA CARTUJANA
BONET DE SAN PEDRO

Precio: 35 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA ANDALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT
EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ (Agotado)

Precio: 1 pta.

RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA, CARLOS GARDEL
MELODIAS DE MODA
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
MUSA CUBANA «MACHIN»
EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
JAZZ-HOT Ramón Ferrieta y su Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orquesta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vivientes

Precio: 1'25 ptas.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GANTON y su ORQUESTA de JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-HOT
CONCHITA PIQUER
TRUHI DORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO, JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA JAZZ

Precio: 1'50 ptas.

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO, JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO, CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUIS DE VIENA
JULIO GALINDO, JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPAÑA - JAZZ
GONZALBO LLORENS - MEJICANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ
RAUL ABRIL-BONET DE SAN PEDRO
BERNARD HILDA
MUSA ARGENTINA
SEPULVIDA - B. BOLUDA
M.ª LUISA GERONA - MARY MERCHE Y TERESITA ARCOS
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 1)
JOSE VALERO
UNA VOZ Y UNA MELODIA (núm. 2)
ORQUESTA DE-MON
MARIO GABARRON
BONET DE SAN PEDRO
LOS TRASHUMANTES

Pedidos a Editorial Apas Apartado 707 BARCELONA

NOVELAS POLICIACAS

A 2 ptas.

LA MASCARA DEL OTRO
EL CRIMEN DEL SIGLO
SECUESTRO SENSACIONAL
LA VUELTA DE ARSENIO LUPIN
EL DETECTIVE Y SU COMPAÑERA
LOS DEFENSORES DEL CRIMEN

A 2'50 ptas.

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE
ACUSADA
EL MISTERIO DE VILLA ROSA
BAJO EL MANTO DE LA NOCHE
EL ASESINO INVISIBLE
ALARMA EN EL EXPRESO
EL SOBRE LACRADO
LA CULPA DEL OTRO
EXTRAÑOS EN LUNA DE MIEL
UNA HORA EN BLANCO

Pedidos a
EDITORIAL ALAS — Apartado 707 — BARCELONA

2'50 Ptas.